

NEW LEFT REVIEW 79

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO ABRIL 2013

ARTÍCULOS

MIKE DAVIS	¿Las últimas elecciones blancas?	7
CHRISTOPHER JOHNSON	Todo consumido	61

ENTREVISTA

CLAUDE LÉVI-STRAUSS	La puesta de sol	77
---------------------	------------------	----

ARTÍCULOS

KEVIN GRAY	Las culturas políticas de Corea del Sur	91
JIWEI XIAO	La mirada de un viajero	111
BOLÍVAR ECHEVERRÍA	<i>Homo Legens</i>	131

CRÍTICA

ADAM TOOZE	Imperios en guerra	143
ROBIN BLACKBURN	Finanzas para anarquistas	155
GREGOR MCLENNAN	Una cartografía de la teoría radical	166

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

MIKE DAVIS

¿LAS ÚLTIMAS ELECCIONES BLANCAS?

EL PASADO SEPTIEMBRE, mientras Bill Clinton deleitaba a la Convención Demócrata de 2012 en Charlotte con su campechana burla a Mitt Romney por querer «doblar la apuesta en la economía de goteo», un fanático partidario de Ludwig von Mises, cubierto con un infame sombrero negro de vaquero y acompañado por un guardaespaldas armado hasta los dientes, capturaba la sede nacional del Tea Party en Washington DC. El doble de Jack Palance bajo el Stetson era Dick Armey. Siendo líder de la mayoría en el Congreso en 1997 había participado en una trama ruin, instigada por el responsable de la disciplina del grupo republicano, Tom DeLay, y un desconocido congresista de Ohio llamado John Boehner, para derrocar al portavoz de la Cámara, Newt Gingrich. Ahora Armey intentaba hacerse con el control total de FreedomWorks, la organización principalmente responsable de reformular la ira de las bases republicanas en forma de «rebelión del Tea Party», así como de formar y coordinar a sus activistas¹. Los Tea Party Patriots –una red nacional con varios cientos de afiliados– es uno de sus vástagos directos. Como presidente de FreedomWorks, Armey simbolizaba una continuidad ideológica entre las grandes victorias de 1994 y 2010 en el Congreso, el antiguo «Contrato con América» y el

¹ FreedomWorks y FreedomWorks Foundation –una dualidad fiscal– surgió de una escisión de *Citizens for a Sound Economy*, supuestamente porque Armey se negó a aceptar las órdenes de Charles y David Koch, los hermanos multimillonarios que la fundaron. (Véase «Funny Kochs News», LewRockwell.com, 16 de abril de 2010). *Americans for Prosperity*, cuyo consejo está presidido por David Koch, sigue siendo filial de la familia, pero también se dedica en gran medida a proporcionar falsas bases sociales al Tea Party.

nuevo «Contrato desde América». Nadie tenía mejores credenciales para infligir un daño mortal al mito de la solidaridad conservadora.

Los terribles detalles del golpe no se filtraron a la prensa hasta finales de diciembre. De acuerdo con *The Washington Post*, «el ayudante armado escoltó a los dos principales empleados de FreedomWorks y los expulsó de la propiedad, mientras Armeý suspendía a otros varios que estallaron en sollozos ante la noticia»². El objetivo principal era Matt Kibbe, presidente de la organización y coautor, con Armeý, de *Give Us Liberty: A Tea Party Manifesto*, un éxito de ventas. Aunque Kibbe, originalmente protegido de Lee Atwater, es igualmente devoto de Mises (de hecho, «miembro de honor» de la Escuela Austriaca de Economía en Viena), es una generación más joven que Armeý, de 72 años, o de hecho que la mayor parte de la base del Tea Party. En la página de Internet de FreedomWorks, Kibbe dice de sí mismo que vive «con Terry, su sublimemente extraordinaria esposa desde hace 25 años» y que dedica su tiempo libre a «leer a Hayek o a Rand, ver *El gran Lebowski* o escuchar un concierto genial de los Grateful Dead». Pero como el propio Armeý había dicho, «unas veces eres el parabrasis y otras, el bicho»³.

Aunque tenía el respaldo de poderosos partidarios, como el asesor de la Casa Blanca C. Boyden Gray, la ilusoria dictadura de Armeý sobre la central del Tea Party duró menos de una semana. En conferencias telefónicas con el personal y partidarios, denunció a Kibbe por usar la organización para darse publicidad a sí mismo y para beneficio personal (en especial en la publicación de su nuevo libro, *Hostile Takeover: Resisting Centralized Government's Stranglehold on America* al mismo tiempo que lo mantenía a él —presidente e icono histórico— fuera de los focos mediáticos. Armeý criticaba también la comisión anual de 1 millón de dólares que FreedomWorks paga a Glenn Beck en concepto de publicidad y recaudación de fondos (supuestamente Rush Limbaugh tiene un contrato similar)⁴. Asimismo, Armeý acusó al equipo de Kibbe de no haber apoyado la fallida campaña para el Senado de Todd Akin, el ignorante de Missouri cuyos comentarios sobre la «violación legítima»

² Amy Gardner, «FreedomWorks Tea Party Group Nearly Falls Apart in Fight between Old and New Guard», *Washington Post*, 25 de diciembre de 2012.

³ Citado en Sandy Hume, «Armeý of One», *Texas Monthly*, septiembre de 1997.

⁴ Todd Gillman, «Dick Armeý cites ethical lapses at FreedomWorks», *Dallas News*, 5 de diciembre de 2012; Joe Strupp, «Dick Armeý Dishes on FreedomWorks' Deals with Beck and Limbaugh», blog *Media Matters for America*, 4 de enero de 2013.

llevaron a Romney y a otros airados líderes del partido a exigir que retirase su candidatura. De acuerdo con un miembro del personal entrevistado por *The Washington Post*: «Estaba claro que, bajo el liderazgo de Arme y, la organización que nosotros conocíamos acabaría enterrada»⁵.

Al final, uno de los principales donantes de FreedomWorks, Richard J. Stephenson, admirador de Ayn Rand que dirige una cadena controvertida pero muy rentable de centros oncológicos privados, ofreció a Arme y 8 millones de dólares a plazos para que se volviese a su rancho de Texas. Kibbe ha retomado el control en el 400 de North Capitol Street NW, pero los partidarios de Arme y siguen difundiendo rumores acerca de actos ilegales cometidos por su personal. Los blogs del Tea Party, a su vez, han acusado a Arme y primero de extorsión, y de traición después, por haber contado su versión de la historia a David Corn, de la revista *Mother Jones*. En otras circunstancias, este duelo entre sombreros negros y *deadheads* [fanáticos del grupo musical Grateful Dead] de derechas habría sido una «tempestad en un vaso de agua», similar a la episódica expulsión de un famoso televangelista o de un congresista adúltero. Pero Kibbe, operador frío en un medio histriónico, insistió en que Arme y y sus partidarios estaban camuflando torpemente cuestiones pendientes más importantes. En un documento interno, afirmó que el intento de derrocamiento era solo una represalia de la vieja guardia porque FreedomWorks había patrocinado en las primarias a activistas del Tea Party contra «republicanos del *establishment*» (una expresión que en los círculos del Tea Party/Sarah Palin puede abarcar tanto a Rick Perry y Lindsey Graham como a John McCain, Haley Barbour y John Boehner)⁶. Como ejemplo, Kibbe citó las controvertidas primarias de Arizona de la primavera anterior en las que los cambios de límites en los distritos electorales habían enfrentado entre sí a dos congresistas republicanos en el poder: Ben Quayle, hijo del vicepresidente de Bush padre, y David Schweikert, prodigio del ultraconservadurismo de Arizona. Mientras

⁵ A. Gardner, «Freedom Works Tea Party Nearly Falls Apart», cit.

⁶ Una de las batallas que provocó más amargura fue la de las primarias de Texas al Senado, que enfrentó a Ted Cruz, notorio por afirmar que George Soros es la cabeza de una conspiración ecologista mundial para abolir los campos de golf, contra el gobernador adjunto de Rick Perry, David Dewhurst. Toda la galaxia de famosos del Tea Party –incluidos Sarah Palin, Jim DeMint, Rand Paul, Glenn Beck e (irónicamente) Arme y– voló a Houston para dar a Cruz el apoyo crucial que le permitió ganar las primarias y el escaño. («Tea Party Cavalry Rides into Texas to Support Cruz», *Fox News*, 25 de julio de 2012).

que Boyden Gray y otros agentes ricos hicieron donaciones a Quayle, Kibbe trataba a Schweikert como un gran personaje, por enfrentarse a Boehner y otros grandes del partido⁷.

Era inevitable que la derrota de noviembre de 2012 reabriese todas las heridas y rivalidades entre republicanos destacados, deshaciendo el duro trabajo hecho por Karl Rove y sus multimillonarios amigos para dar al partido una apariencia de unidad en torno a la campaña de Romney. En las estepas suburbanas, las facciones republicanas empezaron a pelear entre sí. Desde que los últimos «moderados» del Partido Republicano fueron conducidos a la extinción y los reaganistas de la clásica década de 1980 puestos a buen recaudo, la actual guerra civil republicana (como ilustran los acontecimientos de FreedomWorks) alcanza una dimensión claramente épica: fatigados revolucionarios de Gingrich contra su propia progenie demoniaca. Rara vez en la historia de la Cámara de Representantes se ha rasgado el partido mayoritario tan brutalmente por la mitad como los republicanos el día de año nuevo, cuando 151 miembros –incluido el líder de la mayoría, Eric Cantor, la mayoría de los nuevos congresistas y casi todo el grupo del Tea Party– rechazaron el pacto fiscal («Plan B») presentado por su propio portavoz. Algunos destacados partidarios del bloque opositor advirtieron inmediatamente que los 85 republicanos, principalmente de estados del norte y el oeste, que habían votado a favor del proyecto de ley (junto con 115 demócratas) podían enfrentarse a la pena capital en las primarias de 2014⁸. La pelea en el Congreso siguió profundizándose unas semanas después –principalmente a lo largo de una línea de fractura Mason-Dixon– cuando una mayoría aun más amplia del grupo republicano (179 congresistas) votó contra la ayuda de emergencia a las víctimas del huracán Sandy, ansiosamente solicitada por los republicanos de los estados nororientales. La menguante banda de conservadores realistas reunida en torno a Boehner está descubriendo que el fundamentalismo del Tea Party en lo referente a la reducción de lo público, originalmente anunciado como la tercera oleada de la revolución Reagan, es de hecho el camino hacia un cementerio de elefantes.

⁷ David Corn, «FreedomWorks Feud», *Mother Jones*, 24 de diciembre de 2012. Schweikert ganó, pero fue más tarde desbancado de un comité clave por Boehner, cuando denunció el denominado pacto fiscal del «Plan B». Arme se puso del lado de Schweikert y del Tea Party, enviando una mordaz nota al Portavoz.

⁸ David Freedlander, «Anger Over Fiscal-Cliff Deal Fires Up Tea Party», *The Daily Beast*, 3 de enero de 2013.

Los canales de Marte

Los demócratas, en su mayor parte, se han mantenido sorprendentemente reacios a hacer afirmaciones históricas mundiales acerca de la reelección de Obama o la escalada fratricida republicana. Los conservadores, reexperimentando el trauma de 2008, se han inclinado más a interpretar los resultados con hipérbole escatológica. Pat Buchanan declaró con rotundidad, por ejemplo: «A escala presidencial, el Partido Republicano está a las puertas de la muerte». Victor Davis Hanson, exprofesor de clásicas y agricultor que se presenta como un Catón del circuito de conferencias derechista, declaraba que ahora los republicanos viven los «tiempos más calamitosos de mis 59 años». David Frum mostraba su preocupación: «¿superará en votos y saqueará eternamente a los creadores de la riqueza estadounidense de una vez por todas la coalición de Obama? Muchos comentaristas conservadores dicen que sí». Un histérico Quin Hillyer advertía en *American Spectator* que los «fracasos épicos» de los republicanos habían dejado a los conservadores a merced de «un presidente radical, recientemente investido de poder, inclinado a la “venganza” izquierdista y no controlado por la Constitución». John Podhoretz denunció en *Commentary* «la carencia de contenido de la campaña de Romney» (prueba de «la vacuidad del centro derecha») pero también admitió que «el Partido Republicano está dominado por un conjunto de ideas y cuestiones que son alimento para su propia base pero repelente para todos los demás». Otro colaborador de *Commentary*, Jonathan Tobin, consideraba que la doble desgracia que supusieron la derrota de Romney y la renovación de «la guerra civil entre el *establishment* y los miembros del Tea Party» había «inutilizado» la oposición republicana a Obama⁹. Newt Gingrich, por último, sermonizó que demasiados conservadores «subestiman el tamaño de la amenaza que afrontamos» en un momento en el que las tendencias culturales y demográficas «convierten Estados Unidos en una versión nacional de Chicago o California».

⁹ Pat Buchanan, «Is the GOP Headed for the Boneyard?», *Human Events*, 13 de diciembre de 2012; Davis Hanson, «2013: Welcome to very, very, scary times», PJMedia.com, 2 de enero de 2013; David Frum en simposio, «What is the Future of Conservatism in the Wake of the 2012 Election?», *Commentary*, enero de 2013; Quin Hillyer, «Recovering from Electoral Disaster», *American Spectator*, diciembre de 2012; John Podhoretz, «The Way Forward», *Commentary*, noviembre de 2012; Jonathan Tobin, «The GOP Really Hits Bottom», *Commentary*, 21 de diciembre de 2012.

A no ser que los republicanos replanteen profundamente sus posiciones y estudien lo que los demócratas han estado haciendo, el futuro podría volverse muy sombrío y la mayoría Clinton-Obama podría hacerse tan dominante como la mayoría Roosevelt lo fue de 1932 a 1968 y de 1930 a 1994 en la Cámara de Representantes¹⁰.

Estos pronósticos desde la derecha confirman aparentemente la tesis –avanzada por destacados analistas demócratas como Ruy Teixeira, John Halpin y John Judis– de que 2008 marcó el fin de la era Reagan y la llegada de una nueva mayoría demócrata. En el léxico de la teoría del realineamiento crítico, las de 2012 fueron, a pesar de la caída de los votos a Obama, las clásicas «elecciones de confirmación». Ciertamente los datos recogidos a pie de urna, fortalecidos por la creencia en el determinismo demográfico, respaldan una alegación circunstancial a favor de los peores temores de Gingrich, pero las elecciones parciales, como la enorme victoria de los republicanos en el Congreso en 2010, tienen el desagradable hábito de contradecir los paradigmas vigentes para las elecciones presidenciales. Paradójicamente, en un momento en el que han disminuido las elecciones reñidas y los estados indecisos, ha aumentado la turbulencia en los márgenes, y las previsiones políticas se convierten en una incursión en lo que a los analistas cuantitativos les gusta denominar «espacio de volatilidad». De hecho, los patrones generales en la política contemporánea estadounidense son como los canales de Marte en 1900: todos los expertos afirman haberlos visto, pero nadie puede demostrar con claridad que existen.

Mi propia imagen imprecisa de los próximos cuatro años se parece a otro de los prolíficos supuestos de Gingrich: incesante conflicto entre el poder demócrata en la Casa Blanca y el Senado, por una parte, y el persistente control republicano sobre la Cámara de Representantes y sobre la mayoría de las Asambleas legislativas estatales y de las mansiones de gobernadores, por otra. (El Tribunal Supremo es el comodín institucional). «Estamos en un periodo –escribe Gingrich sutilmente– en el que podría darse una alianza entre 30 gobernadores republicanos y una Cámara de Representantes republicana capaz de resaltar las mejores soluciones y también los fallos del gobierno federal»¹¹.

¹⁰ Newt Gingrich, «The Challenge Confronting Republicans», *Human Events*, 1 de enero de 2013.

¹¹ *Ibid.*

Desde 2010, en estados en los que los republicanos del Tea Party dominan el poder legislativo ha ido tomando forma un Estados Unidos alternativo. Como siempre, los legisladores de Kansas o Alabama están ansiosos por enfrentarse con el gobierno federal, e incluso con el Tribunal Supremo, acerca del matrimonio entre homosexuales, el aborto, la inmigración y los fusiles de asalto. Pero esta vez están aún más centrados en aplicar localmente lo que ha sido derrotado a escala nacional. Desde el ascenso del ala del Tea Party, poderosas aunque provisionales coaliciones de líderes republicanos y capitalistas locales, estrechamente unidas a centros políticos ultraconservadores con mecenas multimillonarios, se han dedicado a reestructurar radicalmente la economía de sus estados. En primer lugar, los gobernadores republicanos han golpeado a los demócratas lanzando ataques contra la negociación colectiva tanto en el sector público como en el privado, con el objetivo obvio de transformar el medio oeste industrial en una utopía del «derecho al trabajo» como en el sur, sin «imposición sindical». En Ohio, Indiana, Michigan, Wisconsin y Minnesota, airados maestros y obreros siderúrgicos se enfrentaron repetidamente a los partidarios del Tea Party en escaramuzas capitolinas que alcanzaron proporciones épicas en la «Batalla de Madison». Mientras tanto, los gobernadores republicanos de diversos estados tradicionalmente con legislación de «derecho al trabajo» (Kansas, Nebraska y Louisiana), que no tienen poderosos sindicatos que destruir, están defendiendo la abolición de los impuestos estatales sobre la renta (progresivos), con el objetivo de reducir el sector público y trasladar la carga fiscal de los votantes con rentas elevadas a los habitantes más pobres a través de los impuestos indirectos.

Estas ofensivas legislativas, y los diseños para el gobierno del Tea Party que ponen en marcha, han sido comparadas con las revueltas fiscales de finales de la década de 1970. Pero en vehemencia e intención, se parecen más a la «Resistencia Masiva» de las décadas de 1950 y 1960, cuando el sur blanco, liderado por sus gobernadores y legisladores en coordinación con sus delegaciones en el Congreso, desafió todas las normas de construir coaliciones, de acuerdo y de obediencia a los dirigentes de Washington para librar una guerra total contra la concesión de derechos políticos a los negros. (El Tea Party reencarna en buena parte la intolerancia y la intransigencia de los Consejos de Ciudadanos Blancos, si bien con los bálsamos morales de unos cuantos famosos reaccionarios negros como Herman Cain, Clarence Thomas y Tim Scott). Una mayor «sureñización», tanto en el sentido geográfico como en el ideológico, sin

embargo, está empezando a aterrar a muchos republicanos de la vieja escuela. Aunque ellos mismos crearon y alimentaron al monstruo, ahora empiezan a temer las consecuencias electorales de un partido de blancos ancianos pero militantes, dominado por fanáticos de Mises, cristianos extremistas, propietarios de fusiles de asalto y confederados acérrimos.

El extremismo interno del Partido Republicano destaca aún más después de que buena parte del programa militar y de política exterior del partido haya sido asumido de hecho por Obama. Romney ha sido el primer candidato republicano que se recuerde que no ha podido ofrecer una visión atractiva de los «peligros claros y presentes» que los demócratas no tenían en cuenta. El intento de algunos líderes republicanos, en especial un amargo John McCain, de convertir la debacle de Benghazi en un «segundo Watergate» no hizo más que delatar la falta de tracción contra un presidente que encaja mejor el papel de «Jack Ryan», el presidente de las operaciones especiales de Tom Clancy, que cualquiera de sus competidores republicanos. El entusiasmo de Obama por la guerra clandestina y el asesinato por control remoto, así como el nombramiento de cargos de ambos partidos políticos en el Pentágono y la incesante atención al grupo de presión de la contrainsurgencia, han convertido su lado belicista en un flanco casi invulnerable al tradicional ataque republicano, incluso con Netanyahu como candidato en la sombra de Romney. La campaña republicana, privada de la amenaza roja o de Osama Bin Laden, se quedó con el presupuesto Ryan, los recortes de impuestos a los multimillonarios y la experiencia de Romney en las absorciones de empresas.

La actual opción del Partido Republicano está clara. ¿Puede el partido, liderado por Marco Rubio, Bobby Jindal o Chris Christie, reinventarse de arriba abajo para abarcar la porción mínima de la diversidad étnica y racial estadounidense que de ahora en adelante será necesaria para ocupar la Casa Blanca? ¿O seguirá atrincherándose detrás de un programa de máximos que celebra la filosofía del búnker, de la resistencia masiva a proporcionar redes de seguridad como las del *New Deal* a las futuras generaciones de color? Si se recupera el crecimiento y parte de la productividad creciente se filtra a los salarios (la apuesta en la que se basa la voluntad de Obama de poner en riesgo la herencia más valiosa del *New Deal*), ninguna de las opciones importa: probablemente los republicanos seguirán el camino de los Whigs. Por el contrario, si la economía se estanca o desciende, el «cruel futuro» que predice

Thomas Edsall, en el que «los dos grandes partidos están envueltos en una lucha a muerte para proteger los beneficios y los bienes que fluyen hacia sus respectivas bases», está ya prefigurado por las recientes luchas de clase políticas en el Estados Unidos conservador¹².

Poderosas fuerzas sectarias, evidenciadas por las duras disensiones acerca de las medidas para ayudar a los afectados por el huracán Sandy, influirán también en cuál de estos supuestos se hará realidad. En la actualidad, la mayor parte de los líderes asediados del Partido Republicano procede de los Grandes Lagos o del extremo sur, mientras que la mayoría intransigente de la Cámara procede del *Dixie* o del *Big Empty* (las llanuras poco pobladas y los estados occidentales). La pesadilla de los conservadores norteños es la transformación de un partido nacional fuerte en una versión de los Estados Confederados de América en el siglo XXI. La lucha por la identidad republicana, además, influye profundamente en las relaciones funcionales entre el partido y el sector privado. Los republicanos del Tea Party y los extremistas fiscales (como sus olvidados ancestros, el ala Taft en las décadas de 1940 y 1950) se inclinan hacia el *Club for Growth*, incluso hacia el nacionalismo económico, no hacia *Business Roundtable* o el G8¹³. Si su poder aumenta y el centro de gravedad del Partido Republicano sigue avanzando hacia el sur, sin duda los consejos de administración de las empresas reconsiderarán sus carteras de inversión en un partido que claramente gestiona peor que los demócratas los intereses globales y a largo plazo del capitalismo estadounidense.

Las notas que siguen analizan encuestas a pie de urna, páginas de opinión y estudios académicos para entender mejor la actual agonía republicana en la política presidencial y las homólogas frustraciones demócratas en el Congreso y en la política de los estados. El sistema político federal de Estados Unidos es un planetario tan extraño y complejo, con grandes planetas electorales moviéndose en direcciones opuestas o incluso en torno a soles ideológicos diferentes, que no solo es esencial considerar las elecciones presidenciales, sino también brevemente

¹² Thomas Edsall, *The Age of Austerity: How Scarcity Will Remake American Politics*, Nueva York, 2012, p. I.

¹³ El Club for Growth, denunciado como el «Club for Greed» por Mike Huckabee, republicano de Arkansas, defiende la libertad total para acumular y conservar la riqueza personal. El Club, uno de los padrinos del Tea Party, ha defendido desde su fundación en 1999 la total destrucción del ala moderada del Partido Republicano, representada por Olimpia Snowe, Arlen Specter, Lincoln Chafee y Richard Lugar.

las elecciones al Congreso, las batallas para controlar el gobierno de los estados, y las nuevas alineaciones faccionarias dentro de los partidos¹⁴. Las tendencias que ya parecen un destino a escala presidencial pueden tardar años en llegar al buzón del Congreso o de los estados. Los «datos» electorales, igualmente, siempre están sometidos a múltiples interpretaciones. Observar las fuerzas sociales a través de muestras electorales es como ver Marte con un telescopio victoriano: la sobreinterpretación es casi inevitable¹⁵.

El perro en el techo

La víspera de las elecciones, Romney bromeaba con los periodistas del Centro de Convenciones de Boston que tan pronto como se trasladase a la Casa Blanca se compraría otro Weimaraner. (Nadie tuvo el atrevimiento de preguntar en qué parte de la limusina presidencial viajaría el nuevo cachorro). Al contrario que John McCain en 2008, estaba relajado y supremamente seguro. Su jefe de campaña, Neil Newhouse, le había asegurado poco antes que tenía la victoria en el bolsillo: tanto las encuestas propias como la Gallup predecían un bajo registro para votar entre grupos demográficos cruciales para Obama y un fuerte apoyo a Romney entre los independientes de estados bisagra como Ohio. El gabinete de guerra de Romney, además, poseía una «ventaja insólita»: el enormemente caro sistema de TI conocido como «Proyecto Orca» que, con ayuda de 34.000 voluntarios republicanos, efectuaría un seguimiento de las votaciones en tiempo real para garantizar la «hiperprecisión» en la asignación de recursos de campaña y aumentar la participación en distritos cruciales de los estados indecisos¹⁶. Era la firma

¹⁴ Dejo un poco de lado las elecciones de 2012 al Senado, estrechamente relacionadas salvo algunas excepciones con la campaña presidencial.

¹⁵ Las tradicionales opiniones del «día después» acerca de las elecciones nacionales se han basado en las encuestas efectuadas en los 50 estados por Edison Research, una empresa de New Jersey, para un consorcio de los principales medios de comunicación: ABC News, Associated Press, CBS, CNN, NBC y FOX. Pero el enorme aumento reciente del voto por correo (casi el 40 por 100 en 2012) ha necesitado encuestas telefónicas paralelas, un gasto que llevó a la National Election Pool el año pasado a restringir a 31 estados los cuestionarios electorales detallados. Como resultado, el análisis de las votaciones en estados importantes como Texas tiene que esperar al Suplemento de Votación y Registro. Esta encuesta, realizada por la Oficina del Censo estadounidense a 100.000 votantes efectuada varias semanas después de todas las elecciones federales, se publicará en la primavera de 2013.

¹⁶ El nombre de «Orca» fue escogido porque las ballenas asesinas comen «Narval», nombre del sistema de información de la campaña de Obama. Michael Falcone, «Romney Campaign Acknowledges High-Tech Election-Day Monitory System “Had Its Challenges”», *ABC News*, 10 de noviembre de 2012.

de Romney: Bain Capital era temido y conocido por emplear análisis de datos masivos antes de cerrar tratos o de enviar empresas al desguace.

Antes de que los colegios cerrasen en Iowa, la gente de Romney ya había descorchado alegremente el champán. Funcionarios del Aeropuerto Internacional Logan declararon al *Boston Globe* que «su pista para aviación privada estaba llena de reactores de empresa que transportaban a seguidores de la campaña al centro de convenciones». Habían contratado una empresa pirotécnica para que iluminase el cielo del puerto de Boston con fuegos artificiales tan pronto como Romney declarase su victoria. Un periodista ya había visto la página web de transición lista para subir a Internet¹⁷. A Dana Milbank, del *The Washington Post*, que como otros periodistas tuvo que pagar 1.000 dólares por asistir a la gala, el ambiente regio y la fuerte seguridad le parecieron una incómoda imagen de cómo sería la presidencia de Romney. «El radiante centro de convenciones construido con cientos de millones de dólares de los contribuyentes, se ubica en una península del puerto de Boston convertida en fortaleza para la noche electoral, con helicópteros sobrevolando, vallas de metal y policías revisando vehículos. Solo unos cuantos mirones cruzaron el puente que comunica con el centro de la ciudad, para ver desde fuera»¹⁸.

Al final los fuegos artificiales iluminaron Chicago, no Boston. La orca se había varado a primera hora del día, y la participación demócrata en estados críticos subió a niveles de 2008. El respaldo a Obama no reveló el «vacío de motivación» en el que se basaron las suposiciones electorales republicanas. De hecho, algunas tendencias estaban sencillamente fuera del universo conceptual de la campaña electoral de Romney: por ejemplo, la insólita participación urbana en Ohio, que aumentó la participación afroestadounidense del 11 por 100 del electorado en 2008 al 15 por 100 en 2012. (Romney también obtuvo peores resultados que George Bush en 2004 en la mayoría de los condados principalmente blancos de Ohio¹⁹). Excepto en Carolina del Norte, donde el Partido Demócrata se

¹⁷ Glen Johnson, «Mitt Romney Planned Boston Harbour Fireworks Show that was Scotched by Election Loss», *Boston Globe*, 8 de noviembre de 2012.

¹⁸ Dana Milbank, «At Romney Headquarters, the defeat of the 1 per cent», *The Washington Post*, 7 de noviembre de 2012.

¹⁹ John Dickerson, «Why Romney Never Saw It Coming», *Slate*, 9 de noviembre de 2012.

ha vuelto disfuncional internamente, el presidente conservó finalmente los demás estados bisagra que había obtenido en 2008²⁰.

Se decía que Romney, discurso de la victoria en mano, sufrió «fatiga de combate» el día de las elecciones, cuando sus pérdidas empezaron a acumularse desde muy temprano; y lo mismo les pasó a los caros asesores que le habían asegurado que los votantes de las generales serían más viejos y más blancos («Cuando el Sr. Obama consiguió Ohio», informaba CBS desde Boston, «todo estaba perdido, pero los asesores principales dicen que no pudieron procersalo»)²¹. El Partido Republicano, después de todo, había pasado cuatro años creando un campo minado de obstáculos legales para el registro y el voto del 47 por 100 de la población, quizá el intento más sistemático de privación de derechos de voto desde Jim Crow. Asimismo, la egregia sentencia de «Ciudadanos Unidos», emitida por el juez del Tribunal Supremo John Roberts, que concedió derechos establecidos en la Primera Enmienda a grandes empresas y comités de acción política (PAC), había abierto las esclusas a la publicidad negativa pagada por los super ricos partidarios del Partido Republicano. El bando de Romney superaba en gasto a Obama en todos los estados indecisos excepto dos, y cientos de millones de dólares de negatividad -50 por 100 más de publicidad que en 2008- sobresaturaron los televisores de los estados bisagra durante semanas enteras²².

El rey de este mundo electoral en la sombra, por supuesto, fue el delincuente no procesado Karl Rove. Su corte estaba compuesta por el denominado «Weaver Terrace Group» (llamado así por la dirección de la sede en Washington), un comité coordinador de megadonantes, supercomités de acción política y partidarios tradicionales del Partido Republicano como la Cámara de Comercio de Estados Unidos, que ha mantenido una relación crónicamente tensa con los grupos del Tea Party y la familia Koch. Para conquistar la Cámara de

²⁰ Los demócratas habían cedido esta vez ya desde el principio Indiana, la mayor victoria sorpresa de Obama en 2008, como estado «rojo». Como resultado, el presidente no se molestó en visitarlo (un ejemplo del triaje a sangre fría que de ordinario sacrifica a la base demócrata en los distritos electorales difíciles de obtener. La Asamblea legislativa dominada por el Tea Party había aprobado una ley de «derecho al trabajo» en febrero, y al asediado movimiento sindical de Indiana le habría deleitado algo de atención nacional.

²¹ CBS News, 8 de noviembre de 2012.

²² Véase «Mad Money» en la página web del *The Washington Post* dedicada a la campaña electoral; y «2012 Money Race», en la página web de *The New York Times*, 2012.

Representantes en 2010 y la Casa Blanca y el Senado en 2012, Rove y sus aliados crearon dos máquinas de dinero paralelas –American Crossroads (un super-PAC que declara los donantes) y Crossroads GPS (una 501(c)(4), que no los declara)²³– que comparten liderazgos entrelazados con Restore Our Future de Romney, American Action Network de Jeb Bush y Republican Governors Association de Haley Barbour. Unido, este es el «*Establishment* republicano» contra el que protestan Kibbe, Palin y DeMint. Los dos Crossroads gastaron 270-300 millones de dólares en la campaña presidencial, buena parte de ellos en anuncios dirigidos a votantes blancos desilusionados que habían apoyado a Obama en los estados industrializados. Hasta el final, Rove siguió echando frenéticamente carbón al horno electoral, y supuestamente los últimos quince o veinte millones procedían de Sheldon Adelson de Las Vegas y un grupo de promotores inmobiliarios e industriales de Dallas.

La humillación sufrida por Rove el 6 de noviembre fue necesariamente más profunda que la de Romney. Después de todo, él se había jactado en la revista *Time*, «No soy un ser humano, soy un mito»²⁴. Con macabro placer, Donald Trump felicitó a Karl Rove por «quemar 400 millones de dólares en estas elecciones». Afirmó –correctamente– que los republicanos habían perdido todas las elecciones en las que la Crossroads GPS de Rove había invertido. «¡Qué desperdicio de dinero!»²⁵. Como señalaba *The Economist*, los huracanes enfrentados de la publicidad negativa a finales de otoño sencillamente se extinguieron mutuamente²⁶. Más efectivo –coincidían los entendidos– había sido el golpe preventivo

²³ Los Super-PAC (comités de acción política) son oficialmente «comités independientes solo en el gasto» que pueden realizar un gasto electoral ilimitado pero deben declarar el nombre de los contribuyentes, mientras que formalmente una 501(c)(4) es formalmente una «organización de bienestar social» exenta de impuestos, que puede obtener fondos sin restricciones y sin obligación de revelar el nombre de los donantes. Ninguna de estas organizaciones tiene autorización legal para financiar directamente a un candidato o «coordinar» sus esfuerzos con los de la campaña electoral de un candidato, algo que, por supuesto, hacen con insolente descaro. Estos engaños prosperan porque los demócratas nacionales practican el mismo juego con igual fruición. La reforma de la financiación de campañas electorales, en consecuencia, ha sido descartada *de facto* por el gobierno de Obama.

²⁴ Michael Crowley, «The New GOP Money Stampede», *Time*, 27 de septiembre de 2010; Kenneth Vogel, «Karl Rove's fight club», *Politico.com*, 27 de marzo de 2012; Wayne Slater, *Dallas News*, 7 de diciembre de 2012.

²⁵ Julie Bykowitz y Alison Fitzgerald, «Rove Biggest Super-PAC Loser, Trump Says Waste of Money», *Bloomberg*, 8 de noviembre de 2012.

²⁶ «The ads take aim», *The Economist*, 27 de octubre de 2012.

de la campaña de Obama contra la imagen de Romney en los meses anteriores a la convención republicana. No tener unas primarias, con adversarios que le insultasen y le hiciesen gastar fondos electorales, fue una ventaja sustancial para Obama.

Y también la decisión de convertir los timbres de las casas en tecnología clave de la campaña en estados indecisos. «La campaña de Obama –escribe John Ward– empezó a situar organizadores en estados clave en abril de 2011, todo un año antes de que Mitt Romney consiguiese incluso el nombramiento como candidato del Partido Republicano. Esos organizadores se introdujeron en las redes de voluntarios, conocidas como equipos de barrio, que en algunos casos siguieron funcionando después de las elecciones de 2008». El coordinador de esta estrategia de voluntarios en estados bisagra fue Jeremy Bird, alumno del legendario Marshall Ganz, que convenció a la dirección general de la campaña de que su objetivo debía ser el de colocar un organizador sobre el terreno por cada cincuenta posibles votantes. Para alcanzar esa saturación, 2,2 millones de voluntarios demócratas, casi el doble del ejército situado sobre el terreno en 2008, rastrearon los barrios y dirigieron centrales de llamadas. El equipo de Romney, que no empezó a aterrizar en los estados bisagra hasta el verano de 2012, no llegó a alcanzar más de un trabajador de campaña por cada mil votantes²⁷.

Se acabaron los blancos

Las cadenas informativas pudieron llamar a las principales juntas electorales y confirmar la reelección de Obama antes del cierre nocturno. No era un drama de suspense: el margen de victoria del presidente era de casi 5 millones de votos (véase el Cuadro 1). Pero los últimos cálculos de los estados occidentales más las caóticas estadísticas de las encuestas a pie de urna habían creado la breve ilusión de que el abstencionismo estaba en un nuevo momento culminante, con la abstención de millones de trabajadores republicanos o de los seguidores jóvenes de Obama, dependiendo del punto de vista de cada cual. De hecho, la participación (59,4 por 100) superó la media de las elecciones presidenciales en los

²⁷ John Ward, «Republican Party Path Back From 2012 Election Requires Shift in Culture, Not Just Tactics», *Huffington Post*, 10 de enero de 2013; y Matea Gold, «Obama activists urged to keep sleeves rolled up», *Los Angeles Times*, 21 de enero de 2013.

años 1992-2008 (57,2 por 100), aunque fue casi tres puntos más baja que la de 2008²⁸.

Dejando a un lado el huracán Sandy y su impacto local en los votos de Nueva York y Nueva Jersey, la obvia causa principal del descenso respecto a 2008 fue la mayor concentración de los recursos electorales y de las apariciones de los candidatos en los estados bisagra. Solo se atendió fuertemente a un tercio del electorado; en el resto, la participación dependió en igual medida de la importancia de los asuntos locales y estatales, que de quién ganase los debates presidenciales. Así, en los estados bisagra importantes, la participación media fue del 62,7 por 100, y el número de votos emitido fue ligeramente más elevado que en 2008, mientras que en los estados claramente rojos (republicanos) o azules (demócratas) la participación fue solo del 54,8 por 100²⁹. Muchos de los votantes que en 2008 votaron por Obama –unos 3,6 millones– se quedaron en casa en estados como California o Texas, donde la elección era incuestionable. (La única tendencia inequívoca en la participación que no puede atribuirse a la asimetría de los estados bisagra fue un drástico descenso de la participación en ciudades pequeñas y zonas rurales, principalmente a expensas de Obama)³⁰.

La hazaña más impresionante de la campaña de Obama en 2008 había sido la de ganar los grandes condados suburbanos, tradicionalmente republicanos, que rodean Filadelfia, Washington DC., Columbus, Cincinnati y Denver. Aunque con menos votos suburbanos que cuatro años antes (48 por 100), el presidente ha mantenido con facilidad la posesión de joyas de la corona tan difíciles de obtener como los condados de Prince William y Loudoun, en Virginia; los de Montgomery y Delaware en Pensilvania; el de Hamilton en Ohio, el de Hillsborough en Florida, y los de Arapahoe y Jefferson en Colorado. Como resultado, dio el mate en Ohio y Nevada, y se coló por los pelos en Florida, clavó Virginia y Colorado por un 4 y un 5 por 100 de margen, y llegó a puerto con márgenes confortables en Michigan, Iowa y Wisconsin (el estado natal de Paul Ryan).

²⁸ Walter Dean Burnham, *Democracy in Peril: The American Turnout Problem and the Path to Plutocracy*, The Roosevelt Institute, Working Paper, número 5, diciembre de 2010, véanse los cuadros incluidos en las páginas 7-8. Burnham pone de manifiesto la importante tendencia crónica al descenso de la participación electoral en el norte y al aumento de la participación en el sur.

²⁹ «2012 Election Turnout», comunicado de prensa de Bipartisan Policy Center, 8 de noviembre de 2012.

³⁰ Bill Bishop, «Finding the “Flippers” in 2012 Vote», *Daily Yonder*, 1 de enero de 2013.

CUADRO I: *Obama, elecciones comparadas*

	2008	(2010)	2012
Población en edad de votar	230.872.000		240.927.000
Posibles votantes	213.314.000		219.297.000*
Votantes registrados	153.100.000		153.271.000
Participación	131.314.000	(89.000.000)	130.235.000
(no votantes)	82.000.000	(128.342.000)	90.613.000
% de posibles votantes	62,2	(41,7)	59,4
12 estados indecisos	44.659.370		44.784.651
No indecisos	86.654.450		84.282.299
Voto popular de Obama	69.499.000		65.900.000
<i>Diferencia 2008-2012</i>			-3.599.000
Voto popular del rival	59.948.000		60.932.000
<i>Diferencia 2008-2012</i>			+984.000
Margen de victoria	9.551.000		4.968.000
Votos de colegios electorales para Obama	365		332
Congreso	PD +7	PR +6	PD +2
Senado	PD +21	PR +63	PD +8
Cámara de Representantes			

Fuente: United States Election Project y 2012 National Popular Vote Tracker; Bipartisan Policy Center, 2012 *Voter Registration Report*, 5 de noviembre de 2012.

*3.244.035 delincuentes –la mayoría no blancos– no tienen derecho a votar, de acuerdo con leyes estatales.

Al equipo de Romney al principio le parecía increíble que Obama estuviese ganando con tanta facilidad cuando las encuestas a pie de urna indicaban que los ciudadanos blancos votaban mayoritariamente por Romney. De acuerdo con Ronald Brownstein, ambos bandos tenían fórmulas mágicas para la victoria. Romney ganaba el 61 por 100 del voto blanco, y los blancos constituían al menos el 74 por 100 de los participantes y el porcentaje de votos de minorías para Obama mantenía el nivel de 2008 o era inferior al mismo. Aunque Obama ese año había recibido un 43 por 100 de los votos emitidos por blancos –una impresionante mejora respecto a los obtenidos por John Kerry y Al Gore– la proporción demócrata de voto blanco en las elecciones parciales de 2010 había caído a un mínimo histórico del 37 por 100. Los encargados de la campaña de Romney estaban convencidos, por lo tanto, de que podían ganar, aunque fuese por última vez en la historia estadounidense, apostando todo su dinero a la casilla blanca. Los demócratas, por el contrario, confiaban igualmente en la victoria si lograban alcanzar una división 80/40 –es decir, el 80 por

100 de votos de las minorías y el 40 por 100 de los votos de blancos— con una participación de minorías equivalente al 26 por 100 que hubo en 2008³¹.

CUADRO 2. Voto blanco al candidato demócrata, por franja de edad (%)

	2004	2008	2012
18-29	44	54	44
30-44	37	41	38
45-64	41	42	38
65 +	44	40	39
Total	41	43	39

Fuente: datos del Pew Research Center.

Podría decirse que han sido las elecciones presidenciales racialmente más polarizadas de la historia estadounidense. Los republicanos presentaban a Obama como el «presidente redistribuidor de cartillas de alimentos», que complacía a la mitad del país compuesta por «tomadores», parásitos o empleados públicos que se aprovechan del trabajo duro de los empresarios blancos y la minoría de miembros de las minorías que los emulan. Obama, que sonaba como un anuncio de Bonos de Guerra de la Segunda Guerra Mundial, apelaba a las buenas personas y al patriotismo incluyente, pero como los gestores de Romney habían esperado, los votos de los blancos a su favor cayeron al 39 por 100 (véase el Cuadro 2). En comparación con el de 2008, los votos de hombres blancos cayeron 9 puntos; los de las mujeres blancas, un 4 por 100; y, más drásticamente, los de votantes blancos menores de 30 años cayeron un 10 por 100. Perdió el voto blanco en estados tan importantes como California, Nueva Jersey, Pensilvania y Ohio. Solo en algunos de los estados de Nueva Inglaterra y en Iowa obtuvo mayorías blancas. A pesar de los insólitos esfuerzos de Benjamin Netanyahu y Sheldon Adelson por convertir las elecciones en un referéndum sobre el bombardeo de Irán, también conservó el respaldo de los votantes judíos (aproximadamente el 2 por 100 del electorado nacional, pero un crucial 5 por 100 en Florida), aunque su total se redujo al 69 por 100, frente al asombroso 78 por 100 de 2008.

³¹ Ronald Brownstein, «The New Math», *National Journal*, 23 de agosto de 2012.

Romney, por el contrario, obtuvo la misma cuota (redondeada) del 60 por 100 del electorado blanco que había proporcionado a George H. W. Bush 426 votos electorales en 1988, y que permitió a Bush hijo vencer a Kerry por más de 3 millones de votos en 2004 (véanse los Cuadros 3 y 4)³². Pero estos viejos cálculos están ahora obsoletos. Gracias a una participación mayor de la esperada entre las minorías, el porcentaje de voto blanco era del 72 por 100, no del 74 por 100 que los republicanos habían esperado; y como resultado, los blancos partidarios de Romney apenas supusieron un 48 por 100 de los votos totales³³. Asimismo, por segundas elecciones presidenciales consecutivas, la participación de los votantes blancos disminuyó. Los analistas republicanos advirtieron después que «intentar ganar unas elecciones nacionales atrayendo a una porción cada vez mayor de una porción cada vez más pequeña del electorado es una propuesta política perdedora». El Partido Republicano se había «quedado sin votantes blancos fáciles de convencer»³⁴.

El arco iris reiniciado

La tasa de participación de los afroestadounidenses, en contraste, superó a la de los blancos por primera vez en la historia³⁵. Este récord de participación no solo ha sido galvanizado por Obama, sino también como protesta contra la estrategia republicana de supresión de votantes. Desde que la mayoría política negra en Nueva Orleans se desplomó tras el Katrina y la demolición de proyectos de vivienda pública no dañados, los estrategas conservadores han puesto descaradamente a prueba las defensas del sufragio universal. Como resultado, la Ley de Derechos al Voto de 1965, victoria icónica del Movimiento por los Derechos Civiles,

³² Curiosamente, Romney obtuvo peores resultados entre los mormones (78 por 100) que Bush (80 por 100) ocho años antes. Walter Hickey, «More Mormons Voted For George Bush», Pew Exit Polls, 9 de noviembre de 2012.

³³ R. Brownstein, «The New Math», y David Paul Kuhn, «Exit Polls: Unprecedented White Flight from Democrats», *realclearpolitics.com*, 3 de noviembre de 2010.

³⁴ Whit Ayres y Jennifer Korn, «The Hispanic Challenge and Opportunity for Republicans», memorando de Resurgent Republic and Hispanic Leadership Network, 12 de diciembre de 2012, p. 2. Se prevé que la población blanca no hispana, ahora en 197,8 millones, alcance un máximo de 200 millones en 2024, y después entre en una decadencia continua en números absolutos, a medida que la enorme generación de la explosión demográfica alcance sus años dorados. Hope Yen, «Census: White Population Will Lose Majority in US by 2043», *Huffington Post*, 12 de diciembre de 2012.

³⁵ Paul Taylor, «The Growing Electoral Clout of Blacks is Driven by Turnout, Not Demographics», Pew Research Center, 26 de diciembre de 2012.

está ahora bajo la siniestra inspección de la mayoría reaccionaria del Tribunal Supremo. (En Alabama, votantes de la mayoría blanca derrotaron una proposición de ley para que se retirasen de la constitución estatal las disposiciones segregacionistas de Jim Crow, adoptadas en 1901).

CUADRO 3. *Descenso del porcentaje de voto blanco*

1976	88
1992	83
2000	81
2004	77
2008	74
2012	72

Fuente: United States Election Project y 2012 National Popular Vote Tracker.

CUADRO 4. *Población estadounidense (%)*

	1960	2011	2050
Blanca	85	63	47
Latina	3,5	17	29
Negra	11	12	13
Asiática	0,6	5	9

Fuente: Paul Taylor y D'Vera Cohn, «A Milestone En Route to a Majority Minority Nation», Pew Research Center, 7 de noviembre de 2012.

Aunque el historial del gobierno de Obama en lo que a los derechos civiles se refiere, desde los asesinatos con aviones teledirigidos al espionaje en Internet, es horrible (una cuestión planteada en campaña solo por el republicano Ron Paul), el presidente hizo renacer la fe en su compromiso con los derechos civiles con la firma de legislación sobre equiparación de salarios en 2009, la abolición de la política de silencio sobre la homosexualidad en las fuerzas armadas en 2010, la orden ejecutiva de posponer las deportaciones de inmigrantes jóvenes en 2012 y un esfuerzo continuado del Departamento de Justicia para defender el derecho a votar. Aparte de garantizarle la reelección, estas iniciativas tardías reforzaron la unidad de los votantes de las minorías basada en los derechos y, a su vez, dichos votantes han sorprendido a los analistas

con una percepción mutua cada vez más positiva. En encuestas recientes, por ejemplo, los afroestadounidenses apoyan más los derechos de los inmigrantes y el crecimiento de las poblaciones latina y asiática³⁶. Una mayoría de entrevistados también acepta el matrimonio entre homosexuales, a pesar de la oposición de muchos líderes religiosos y el estereotipo de que los negros son un grupo de votantes homófobo. De hecho, los votantes negros fueron claves para la legalización del matrimonio entre homosexuales en Maryland³⁷. De igual modo, tres cuartas partes de los votantes latinos, a pesar de su reputación de socialmente conservadores y de la extrema presión desde los púlpitos, apoyan ahora el derecho de las mujeres al aborto³⁸.

Quizá la mayor sorpresa en las encuestas a pie de urna, así como la prueba más elocuente de que en la base está naciendo una verdadera «coalición arco iris», fue el 73 por 100 de votos obtenido por Obama entre la población asiática: un 11 por 100 de aumento (15 por 100 en California) respecto a 2008³⁹. Aunque tradicionalmente los votantes asiáticos han sido los más concentrados desde el punto de vista geográfico (Hawái, California y Nueva York), en la actualidad votan en número significativo en otras áreas nacionalmente importantes. Los asiáticos constituyen en la actualidad, por ejemplo, aproximadamente el 15 por 100 de la población en los condados de Loudoun y Fairfax en Virginia, algunos de los distritos bisagra más cruciales de la región. Hace una generación, los republicanos tenían grandes expectativas de atraer mayorías de asiáticos del Pacífico fuera del baluarte demócrata de Hawái; pero los ataques a China, los anuncios electorales racistas, las políticas de inmigración nativistas y el poco interés por implantar una educación pública asequible han puesto a la mayoría de los votantes asiáticos más jóvenes,

³⁶ Ronald Brownstein, «Though More Optimistic, Americans Are Still Sharply Divided», *National Journal*, 7 de diciembre de 2012.

³⁷ Anugrah Kumar, «Polls Show Sudden Increase in Black Support for Gay Marriage», *The Christian Post*, 10 de noviembre de 2012; y Aaron Blake, «African-Americans and Latinos spur gay marriage revolution», *Washington Post*, 12 de noviembre de 2012. Las noticias publicadas en los medios de que el 70 por 100 de los votantes afroestadounidenses de California apoyaba la prohibición del matrimonio homosexual (Propuesta 8 de 2008) se basaban en datos erróneos tomados de encuestas a pie de urna. La verdadera cifra era de solo el 58 por 100. Véase John Wildermuth, «Black support for Prop 8 called exaggeration», *San Francisco Chronicle*, 7 de enero de 2009.

³⁸ National Latina Institute for Reproductive Health, *Poll: Latino Voters Hold Compassionate Views on Abortion*, 30 de noviembre de 2011.

³⁹ Datos de la National Exit Poll.

tanto originarios del sur como del este de Asia, sólidamente en contra del Partido Republicano. Como los judíos estadounidenses, con quienes a menudo se les compara estereotipadamente, el electorado asiático compensa su actual pequeña proporción, (aproximadamente un 2 por 100 en ambos casos), con logros muy superiores en ciencias sanitarias y físicas, en la ingeniería y cada vez más en la Administración pública. Pero al contrario que los judíos o los blancos en general, el número de asiáticos con derecho a votar (aunque no todavía su tasa de participación) aumentará drásticamente⁴⁰.

Por último, como lamentaba Karl Rove, Obama mejoró su porcentaje entre los latinos, que participaron un 4 por 100 más respecto a 2008 (850.000 votos más en términos absolutos; el Cuadro 5 muestra las cifras de participación de los latinos)⁴¹. En Florida, donde siguen debatiéndose los resultados de las encuestas a pie de urna, es posible que Obama haya obtenido un destacado 51 por 100 del voto cubano, debido a un cambio generacional y a la erosión de la monolítica identidad del «exilio»⁴². En Ohio, igualmente, el primer análisis de las encuestas a pie de urna sugiere que el margen decisivo de la victoria de Obama fue el 82 por 100 del voto latino (74 por 100 en todo el país) más un pequeño pero crucial aumento del porcentaje de voto entre los hombres blancos con respecto a 2008⁴³. Cada año, 800.000 latinos cumplen 18 años, lo cual equivale, se calcula, a un 40 por 100 del crecimiento del electorado hasta 2030. En 2016 superarán a los afroestadounidenses y se convertirán en el mayor bloque minoritario de votantes⁴⁴. La alarma es suficientemente clara para la mayoría de los líderes republicanos. Un reciente memorando interno ejemplificaba el dilema del partido: «Si los republicanos obtienen el 40 por 100 o más de los votos latinos en todo el país, pueden elegir republicanos conservadores para cargos nacionales. Conformarse

⁴⁰ Janelle Wong *et al.*, *Asian American Political Participation*, Nueva York, 2011, analiza cómo convierte la política estadounidense orígenes tan distintos como el bengalí, el japonés o el tailandés en una metaetnia funcional.

⁴¹ Karl Rove, «The Lessons of Defeat for the GOP», *Wall Street Journal*, 15 de noviembre de 2012.

⁴² Juan Tamayo, «Did Obama or Romney Win the Cuban-American Vote?», *Miami Herald*, 7 de noviembre de 2012.

⁴³ Marcus Atkinson, «How Obama Won Ohio, By the Numbers», *HispanicOhio.com*, 7 de noviembre de 2012.

⁴⁴ Peter Grier, «Election Results 2012», *Christian Science Monitor*, 7 de noviembre de 2012.

con la cuarta parte o menos del voto hispano en todo el país convertirá al republicano en un partido regional, con pocas perspectivas nacionales»⁴⁵.

CUADRO 5. *Votantes latinos (millones)*

	<i>Con derecho a voto</i>	<i>Votantes efectivos</i>	<i>Participación (%)</i>
1988	7,7	3,7	48
1992	8,3	4,3	52
1996	11,2	4,9	44
2000	13,2	5,9	45
2004	16,1	7,6	47
2008	19,5	9,7	50
2012	23,7	12,5	53

Fuente: Paul Taylor *et al.*, «An Awakened Giant: Hispanic Electorate Likely to Double by 2030», Pew Research Hispanic Center, 14 de noviembre de 2012.

El Partido Republicano está pagando merecidos intereses por las vallas fronterizas, los referendos antiinmigración para prohibir la enseñanza bilingüe en varios estados, la ley SB1070 de Arizona (este estado se ha convertido en el «Mississippi» de los derechos civiles de los latinos), el sabotaje republicano a la Ley Dream, la cruel defensa de la «autodeportación» por parte de Romney, y mucho más. Por supuesto, el verdadero reinado del terror –de deportaciones masivas a una escala que supera todos los precedentes republicanos– lo está aplicando el Departamento de Seguridad Interior de Obama. Pero aunque las milicias civiles llevasen sombreros mexicanos y de repente el Partido Republicano aceptase la amnistía y la Ley Dream, es improbable que los votantes latinos se convirtiesen en los «republicanos naturales», interesados por los valores familiares, que Rove y otros estrategas de Bush soñaron a comienzos de la década de 2000. Ramesh Ponnuru, de *National Review*, es despiadadamente sincero:

La percepción de que el Partido Republicano solo atiende a los intereses de los ricos subyace en todas las debilidades demográficas analizadas en términos más estrictos. Los hispanos no votan a los demócratas exclusivamente por la inmigración. Muchos de ellos son pobres y carecen de seguro sanitario, y no oyen decir nada a los republicanos pero sí mucho a los demócratas acerca de mejorar su situación... Mejorar las «destrezas comunicativas», ese tema perenne en la lista de deseos de los partidos

⁴⁵ Whit Ayres y Jennifer Korn, «The Hispanic Challenge and Opportunity for Republicans», cit.

perdedores, no servirá de mucho si el partido no tiene un programa atractivo que comunicar⁴⁶.

Cuidado con las brechas

A medida que el cambio demográfico del electorado estadounidense se acelera, sería ridículo suponer que el sexo, el estado civil y la edad están necesariamente interactuando con la raza y la clase para reproducir las mismas identidades políticas de grupo que las de 2000, 1992 o 1978. Por ejemplo, el censo estadounidense reconoce ahora la categoría de «raza mixta» porque varios millones de los estadounidenses más jóvenes consideran esta su identidad más precisa. Aquellos «sin filiación religiosa», una categoría carente de importancia en el análisis electoral hace una generación, constituyen ahora el 25 por 100 en la franja de edad de 18 a 29 años y se han convertido en una variable nueva y muy debatida en la conducta electoral. De igual modo, la comunidad lesbiana, gay, bisexual y transexual –un 5 por 100 muy comprometido del electorado nacional, que según los cálculos otorgó un 78 por 100 de su voto a Obama– es una permanente crisis existencial para los republicanos⁴⁷.

Razón de más, por lo tanto, para abrir los tradicionales clichés del análisis de las elecciones, incluida la «brecha de género» y el «voto joven», para ver qué hay realmente en su interior. Por ejemplo, se ha afirmado que Obama fue reelegido gracias a que recibió el 55 por 100 de un voto femenino que a su vez comprendía el 53 por 100 de los votos emitidos⁴⁸. Esto es indiscutiblemente cierto y registra, en parte, una reacción contra la amenaza de Romney de dejar de financiar la planificación familiar así como los ridículos comentarios acerca de la violación hechos por dos candidatos al Senado respaldados por el Tea Party. ¿Pero prueba de hecho la estadística que el género ha sido la variable más importante para determinar el voto?

⁴⁶ Ramesh Ponnuru, «The Party's Problem», *National Review*, 3 de diciembre de 2012, p. 19.

⁴⁷ Citado en Chris Johnson, «Exit Poll: Gay Voters Made Up 5 per cent of 2012 Electorate», *WashingtonBlade.com*, 7 de noviembre de 2012. Véase también Mary McThomas y Robert Buchanan, «Obama and Gay Rights», *PS*, julio de 2012.

⁴⁸ Margie Omero y Tara McGuinness, «How Women Changed the Outcome of the Election», *CNN*, 12 de diciembre de 2012.

Desde que la «brecha de género» se hizo famosa, en la década de 1980, a menudo se ha interpretado como prueba de que las mujeres se están volviendo más progresistas, o al menos más demócratas en sus preferencias de voto. Pero las votantes no tienen que cambiar en absoluto sus opiniones; la brecha podría deberse por completo a un giro de los hombres hacia la derecha, o a diferentes ritmos de cambio en las preferencias de ambos sexos. En 2012, la brecha entre los hombres y las mujeres blancos aumentó sustancialmente, pero también el voto republicano en ambos sexos. Las mujeres blancas simplemente abandonaron sus preferencias de 2008 en menor medida que los hombres de la misma raza (véase el Cuadro 6). Brechas mucho mayores separaban a diferentes categorías de mujeres votantes: por ejemplo, la asombrosa diferencia de 38 puntos entre casadas y no casadas; o los 54 puntos entre las preferencias presidenciales de afroestadounidenses y blancas. En contraste, las jóvenes blancas solo votaron un 6 por 100 más por Obama que sus hermanas mayores o sus madres. La media de género, por lo tanto, es un término medio de preferencias y tendencias tan distintas que sería equívoco hablar de «mujeres» en las elecciones sin poner al lado un adjetivo racial y generacional.

CUADRO 6. *La brecha de género: votos a favor de los demócratas (%)*

	(a) Mujeres blancas	BRECHA UNO (b) Menos hombres blancos	(c) Todas las mujeres	BRECHA DOS (d) Menos todos los hombres	BRECHA TRES (e) c menos a
2004	44	7	51	7	7
2008	46	5	56	7	10
2012	42	10	55	10	13

Fuente: Pew Research Center y National Exit Poll, *Los Angeles Times*, 2004.

La edad es otra categoría que debe desglosarse. Como claramente ilustra el Gráfico 7, en estados críticos en los que se efectuaron encuestas detalladas a pie de urna, la brecha, en el voto a Obama, entre la generación del milenio (18-29) y los ancianos (más de 65) fue el doble que la brecha de género (21 frente al 10 por 100)⁴⁹. En los diez estados

⁴⁹ En la mayoría de los estados sólidamente rojos del sur o de las grandes llanuras, en contraste, la diferencia de edad osciló casi hasta el margen del error; igualmente en Iowa, donde la mitad o más de cada grupo de edad (en gran medida gracias a las mujeres) apoyó al presidente.

bisagra, incluida Carolina del Norte, el presidente obtuvo el voto de los menores de 45 y perdió el del electorado mayor de 45 años. La brecha del 20 por 100 en la preferencia presidencial en los extremos de edad parece una guerra generacional en las urnas, al igual que las diferencias menores pero históricamente inusuales en los recientes patrones de voto de ancianos y los de adultos entre 30 y 64 años⁵⁰. De hecho, Ronald Brownstein propone en *National Journal* que la divisoria fundamental en la política estadounidense está empezando a ser «moreno frente a gris»: la emergente minoría mayoritaria de latinos, asiáticos y afro-estadounidenses jóvenes necesitados de buenos colegios y becas universitarias, en competencia por fondos públicos escasos, frente a una marea gris de *baby boomers* jubilados y con múltiples programas sociales a su favor. Brownstein señala que ambas cohortes tienen opiniones exactamente inversas acerca de la situación nacional: tres quintas partes de los grises apoyaron a Romney y dicen a los encuestadores que la Administración pública está haciendo demasiado; tres quintas partes de los morenos han votado a Obama y creen que Washington debería gastar más en enseñanza y en creación de empleo⁵¹.

El espantajo de un conflicto de suma cero entre la inversión pública y la Seguridad Social, por un lado, y la riqueza familiar privada, por otro, se retrotrae a la época de la revuelta fiscal de la década de 1970 y la elección de Ronald Reagan, el primero de tres presidentes republicanos que acumularon enormes déficits reduciendo drásticamente los impuestos a los ricos y firmando al mismo tiempo cheques en blanco para el Pentágono. El objetivo estratégico era hacer estructuralmente imposible que los demócratas introdujesen nuevos programas de gasto para el cambio social sin hacer explotar el presupuesto. De modo similar (y a este respecto el *thatcherismo* fue un precedente interesante), las políticas presupuestarias fomentaron conflictos generacionales y raciales que hicieron añicos a los candidatos demócratas y favorecieron a los republicanos.

⁵⁰ Robert Binstock ha hallado pruebas de un claro bloque de votantes en función de «cuestiones de mayores» que emergió en las elecciones de 2010. «En las cuatro décadas anteriores, los estadounidenses más viejos habían votado de manera muy similar a los demás grupos de edad, excepto los menores de 30 años». R. Binstock, «Older Voters and the 2010 US Election: Implications for 2012 and Beyond?», *The Gerontologist*, vol. 52, núm. 3, 2012, p. 408.

⁵¹ Ronald Brownstein, «Behind the Fiscal Cliff is a Demographic Struggle», *National Journal*, 20 de diciembre de 2012.

CUADRO 7. Votos por franja de edad comparados con la media de 18 estados (%)

	(1) 18-29	(2) 30-44	(3) 45-64	(4) + 65	Obama (1) menos (4)
<i>Media de 18 estados</i>					
(a) Electorado	18	29	37	16	
(b) Obama	66	52	50	45	21
<i>Nevada</i>					
(a) Electorado	18	24	37	18	
(b) Obama	65	54	48	42	23
<i>Iowa</i>					
(a) Electorado	15	22	37	26	
(b) Obama	56	52	52	50	6
<i>Ohio</i>					
(a) Electorado	17	24	41	18	
(b) Obama	62	51	47	44	18
<i>Pensilvania</i>					
(a) Electorado	19	25	39	17	
(b) Obama	63	55	48	43	20
<i>Virginia</i>					
(a) Electorado	19	27	41	14	
(b) Obama	61	54	47	46	15
<i>Florida</i>					
(a) Electorado	16	23	37	24	
(b) Obama	66	52	48	41	25
<i>Carolina del N.</i>					
(a) Electorado	16	25	39	21	
(b) Obama	67	51	47	35	32
<i>California</i>					
(a) Electorado	28	28	32	12	
(b) Obama	69	59	52	46	23

Fuente: National Exit Poll, Fox News.

Pero la franja de votantes mayor de 65 años, en otro tiempo el electorado más fiable para los demócratas, no es un mero grupo de blancos relativamente ricos y reacios a pagar la enseñanza para los pobres, la televisión pública o la asistencia sanitaria universal, aunque este estrato existe y sus filas se han ampliado por la disposición, tanto en el presupuesto de Ryan como en el programa electoral de Romney, que exige a cualquiera mayor de 55 años de los propuestos recortes o cambios de requisitos en la Seguridad Social y en *Medicare* (el sistema de atención sanitaria a mayores). Pero son muchos más los ancianos víctimas de la incineración del valor inmobiliario y de la

extinción del sistema de jubilación con «prestaciones definidas». El porcentaje de trabajadores del sector privado cubiertos por los planes de pensiones tradicionales descendió del 62 por 100 en 1975 al 7 por 100 en 2009. En otras palabras, la salud y la seguridad de los ancianos dependen más que nunca de una firme acción federal y de las transferencias intergeneracionales.

Pero el «gran pacto» de Obama –la compensación entre aumentos tributarios y recortes de programas que la Casa Blanca intentó alcanzar el año pasado con el portavoz Boehner– proponía sacrificios de la Seguridad Social y Medicare, hasta ahora legados intocables del *New Deal*. Los votantes mayores están al mismo tiempo alarmados por la reforma del sistema sanitario, que pocos entienden y la mayoría malinterpreta. En ausencia de una campaña de la Casa Blanca para explicar las reformas, las espeluznantes tergiversaciones republicanas de la Ley de Sanidad Asequible, que tanto perjudicaron a los demócratas en las elecciones parciales de 2010, siguen imperando en la opinión pública. Una encuesta efectuada el pasado octubre por la Kaiser Family Foundation concluía que un 60 por 100 de los ancianos cree en la existencia de los «paneles de la muerte» federales que, de acuerdo con lo afirmado por Sarah Palin, distribuyen la mortalidad entre los enfermos terminales. Asimismo, «dos de cada tres mayores dicen que la ley reduce las prestaciones para las personas incluidas en el programa tradicional del Medicare», un error de percepción que armoniza con la doctrina central del Tea Party, de acuerdo con la cual Washington está redistribuyendo la riqueza que tanto les ha costado ganar a los jubilados blancos de Estados Unidos entre las bases del Partido Demócrata, en este caso de los jubilados a quienes antes carecían de seguro⁵².

El ataque republicano a los programas federales de seguro médico y transferencia para los futuros jubilados es inmensamente desestabilizador, golpeando al núcleo de las políticas contra la pobreza más eficaces de la historia estadounidense y abriendo enormes brechas entre el quintil inferior de ancianos, para quienes la Seguridad Social constituye el 83 por 100 de sus ingresos, y el quintil superior, para quienes constituye

⁵² Kaiser Public Poll, octubre de 2012. «La división racial en las opiniones sobre la atención sanitaria era 20 puntos porcentuales mayor en 2009-2010 que respecto al plan del presidente Clinton en 1993-1994». Michael Tesler, «The Spillover of Racialization into Health Care», *American Journal of Political Science*, vol. 56, núm. 3, julio de 2012, p. 690.

solo un 18 por 100; así como entre los perceptores actuales de las prestaciones y los menores de 55 años, a quienes los republicanos proponen desheredar. A medida que la generación de la explosión demográfica se infle, hasta llegar a duplicar la cohorte en la que oficialmente entraron en 2012, y a medida que la generación del milenio se vea obligada a asumir más carga para sostener a sus ancianos, el significado social y las políticas con respecto a los ancianos serán objeto de una resistencia cada vez mayor⁵³. El gobierno de Obama, que ha concedido la prioridad a la reducción del déficit desde el comienzo, y después ha consagrado los recortes tributarios de Bush para todos excepto los más ricos, ha debilitado la capacidad de los demócratas para defender que el gasto social en educación y empleo público para los estadounidenses más jóvenes es clave para conservar los programas sociales establecidos por el *New Deal* para los ancianos.

Los votantes del milenio son más fáciles de enfocar que los mayores. Gracias a CIRCLE, el centro de la Universidad Tufts encargado de investigar el voto y la participación política de los jóvenes, los datos de la encuesta a pie de urna efectuada por Edison Research referentes al 19 por 100 de los votantes situados entre 18 y 29 años fueron rápidamente analizados y publicados (véase Cuadro 8). Cuando Al Gore ganó la votación popular de 2000, tres cuartas partes de la cohorte juvenil se identificaron como blancos no hispanos; en esta ocasión, el componente blanco fue de solo el 58 por 100, y la proporción de latinos ha superado por primera vez a la de afroestadounidenses. (En 2018 se prevé que los no blancos constituyan la mayoría del electorado juvenil)⁵⁴.

⁵³ R. Binstock, «Older Voters and the 2010 US Election: Implications for 2012 and Beyond?», cit.; Robert Kuttner, «Greedy Geezers, Reconsidered», *American Prospect*, 3 de diciembre de 2012.

⁵⁴ CIRCLE, Tufts University, «Diverse Electorate: A deeper look into the Millennial Vote», Fact Sheet, 14 de noviembre de 2012. Véase también «Young Voters Supported Obama Less, But May Have Mattered More», Pew Research Center, 26 de noviembre de 2012. El dato sobre el voto latino (63 por 100) es de *ABC News*, no de CIRCLE (66 por 100).

CUADRO 8. Diferencias de raza y de sexo en la franja de 18-29 años

	% de voto por Obama	% que se declaran «progresistas»
Mujeres negras	98	33
Latinas	82	45
Hombres negros	80	25
Latinos	63	35
Todos 18-29	60	-
Mujeres blancas	48	33
Hombres blancos	40	27

Fuente: CIRCLE, Tufts University, «Diverse Electorate: A deeper look into the Millennial Vote», Fact Sheet, 14 de noviembre de 2012.

Aunque el 60 por 100 de los participantes entre 18 y 29 años que votaron por Obama fue crucial para su victoria, no se trató de un «voto joven» homogéneo entre las distintas categorías raciales y de género, como el de 2008. De hecho, la ventaja de Obama entre los hombres blancos más jóvenes (52 por 100 en 2008) ha desaparecido por completo (40 por 100 en 2012), una deserción que coincide con encuestas que indican que los hombres blancos más jóvenes se muestran más pesimistas respecto a la economía, son los más decepcionados por las políticas económicas de Obama, y los que menos apoyan la amnistía a los inmigrantes indocumentados. Más asombrosos han sido los considerables avances de Romney entre los hombres jóvenes negros, cuyo apoyo a Obama descendió drásticamente del 94 por 100 en 2008 al 80 por 100 el pasado noviembre, probablemente por razones similares. La ansiedad económica entre los hombres, jóvenes y viejos, sigue siendo aguda y políticamente volátil. En 2008, Obama recibió el 70 por 100 de los votos de quienes comentaban a los encuestadores a pie de urna que su situación económica era «peor que cuatro años antes». Esta vez, apenas ha obtenido el 20 por 100. Será interesante ver si futuros análisis establecen alguna conexión entre el comportamiento electoral y la persistencia de una insólita desventaja, o «brecha de género», masculina en los mercados laborales⁵⁵. (El porcentaje de varones hispanos jóvenes que

⁵⁵Tras el desplome de 2008, «los puestos de trabajo asalariados ocupados por hombres en sectores no agropecuarios cayeron en 5,1 millones mientras que entre las mujeres solo bajaron 1,8 millones»: Aysegül Sahin, Joseph Song y Bart Hobijn, «The Unemployment Gender Gap during the Current Recession», Federal Reserve Bank of New York, *Current Issues*, vol. 16, núm. 2, febrero de 2010, p. 2.

han votado por Obama, sin embargo, ha sido prácticamente el mismo que en 2008: 63 por 100 y 64 por 100)⁵⁶.

Las mujeres jóvenes de raza blanca, el mayor segmento de esta franja de edad, dividen casi por igual un voto que fue compensado por una proporción inusualmente elevada de cristianas evangélicas (38 por 100) y por lo tanto puede disfrazar una tendencia más prodemócrata. Las mujeres jóvenes de color, con tres veces más probabilidades que sus hermanas blancas de ser madres trabajadoras, constituyen el corazón y el alma de la «generación Obama», aunque más mujeres negras prefieren declararse demócratas «moderadas» que demócratas «progresistas». Las latinas jóvenes, por su parte, tienen el doble de probabilidades que sus madres de considerarse demócratas (65 por 100) y se han convertido en el grupo «progresista» más consciente y dinámico entre los votantes activos⁵⁷.

Cartografía republicana

A pesar de la turbulencia dentro de las filas de votantes y de los peligros de concretar categorías abstractas como el sexo y la edad, todas las veletas demográficas –como temen los republicanos– apuntan a un futuro con muchos presidentes demócratas. ¿Se deduce, por lo tanto, que la Cámara de Representantes, como ya lo ha hecho el Senado, se realineará de manera acorde en las elecciones de 2014 o 2016? Sorprendentemente, esa no es una apuesta segura; de hecho, analistas políticos de ambos bandos consideran muy improbable que los demócratas consigan mayoría en ambas cámaras. Los colaboradores de *National Journal* subestiman la escala del problema cuando observan que «la cambiante demografía está remodelando la batalla por el Congreso con más lentitud que el paisaje presidencial»⁵⁸.

Aunque el Senado es notoriamente antidemocrático, porque distribuye el poder de acuerdo con los estados, no de acuerdo con la población (los 284.000 votantes de Wyoming, por ejemplo, tienen la misma representación que los 18.671.000 de California), el efecto neto en todo el espectro político es caprichoso, como demuestra el senador de más

⁵⁶ *ABC News*, 6 de noviembre de 2012.

⁵⁷ Datos de CIRCLE. Solo el 29 por 100 de las latinas mayores de 30 años se declaran progresistas.

⁵⁸ Ronald Brownstein y Scott Bland, «Stairway to Nowhere», *National Journal*, 12 de enero de 2013.

prestigio de Vermont, socialista declarado⁵⁹. En contraste, la Cámara de Representantes se redistribuye después de cada nuevo censo, de acuerdo con la población; pero el procedimiento para volver a trazar los distritos en la mayoría de los estados lo establecen Asambleas legislativas y gobernadores partidistas, y puede producir grotescas distorsiones del principio «una persona un voto». Así, en noviembre de 2012 los demócratas obtuvieron 1.363.148 votos más para la Cámara, pero solo les reportaron ocho escaños más, mientras que los republicanos conservaron su tercera más abultada mayoría de escaños desde la Segunda Guerra Mundial⁶⁰. En seis estados clave en los que Obama obtuvo una victoria decisiva (Florida, Ohio, Virginia, Pensilvania, Wisconsin y Michigan), los republicanos consiguieron mayoría en la delegación de cada estado en el Congreso: en total, las mayorías estatales de los demócratas obtuvieron solo 30 escaños en la Cámara de Representantes, mientras que los republicanos obtuvieron 54⁶¹. ¿Cómo se pierden estas mayorías populares demócratas en el tránsito? La respuesta, clave para entender cómo han fortalecido los republicanos su mayoría en la Cámara de Representantes, tiene tres partes: el efecto de la abstención en las elecciones parciales, el amaño de distritos electorales (*gerrymander*) y las ventajas que proporciona el ocupar ya el escaño frente a otros candidatos.

En las elecciones parciales de 2010 confluyeron todos los signos astrológicos en contra. Uno de los más acérrimos defensores del paquete de estímulos de Obama, el periodista del *The Washington Post* Michael Grunwald, admite que «las encuestas han descubierto que para la mayoría de los estadounidenses el estímulo es un regalo a los banqueros, porque lo confunden con los 700.000 millones de ayuda financiera aprobados antes de que Obama fuese elegido»⁶². Los jubilados, por su parte, estaban enfurecidos ante lo que consideraban una traición al Medicare; los homosexuales y los inmigrantes porque el presidente no

⁵⁹ El principal problema del Senado es de procedimiento, no constitucional. Ambos partidos han conspirado para mantener normas que permiten a 41 senadores bloquear un debate, algo que la minoría republicana hace de ordinario. Este obstáculo podría eliminarse estableciendo votaciones por mayoría, pero ni Harry Reid ni Obama han reunido la voluntad necesaria.

⁶⁰ David Wasserman, 2012 House Popular Vote Tracker, resultado definitivo, 2 de enero de 2012. Véase también Sean Trende, «The Political Landscape after 2012», *RealClearPolitics*, 16 de noviembre de 2012.

⁶¹ Nick Baumann, «Why John Boehner Has Gerrymandering to Thank for His Majority», blog *Mother Jones*, 8 de noviembre de 2012. Baumann proporciona una guía sobre el amaño republicano de distritos más brillante de todos: Pensilvania.

⁶² Michael Grunwald, *The New New Deal*, Nueva York, 2012, p. 19.

había puesto fin a la ley de silencio en el ejército y no había sacado adelante la amnistía; los ecologistas se sentían traicionados por las buenas relaciones de la Casa Blanca con la industria energética y por su mala participación en Copenhague; los pacifistas estaban furiosos por el nuevo «impulso» en Afganistán; los propietarios de casas a quienes se les habían prometido ayudas solo encontraron avisos de desahucio; y los populistas económicos tacharon al gobierno de caso perdido cuando Obama se rindió en la reunión que mantuvo en la Casa Blanca con consejeros delegados de los bancos, autores de la nueva Depresión.

Las primarias de 2010 fueron una seria advertencia a la Casa Blanca: la participación demócrata cayó al nivel histórico más bajo, mientras que la republicana alcanzó el más alto desde 1970⁶³. Como resalta David Corn en otro retrato, por lo demás elogioso, del primer bienio de Obama, el presidente «no aprovechó el enfado de la ciudadanía votante», ni siquiera hizo campaña sobre el terreno a favor de los candidatos demócratas al Congreso que corrían peligro de perder el escaño. Un estrategia de la campaña le contó a Corn:

No había mensaje sobre el empleo. Los votantes, con razón o sin ella, consideraban la deuda uno de los factores de la mala economía, y nosotros hablábamos de quién gastaba qué dinero en política. Tuvimos unas elecciones dirigidas por el enemigo. Su mensaje era sencillo: los demócratas están gastando demasiado y esto está perjudicando a la economía. De la Casa Blanca no salió ninguna explicación económica⁶⁴.

Como resultado, 30 millones de votantes de Obama –casi la mitad de los que le habían votado en 2008– se abstuvieron en noviembre de 2010, y los demócratas se hundieron. En 2006, el margen de victoria de los demócratas en la Cámara de Representantes había sido de 6,5 millones de votos; en 2008, más de 13 millones; en 2010, el Partido Republicano cambió un margen ganador de 5,7 millones de votos por 63 nuevos escaños en la cámara baja y 6 en el Senado⁶⁵. Fue la mayor redistribución de aquella Cámara de Representantes desde 1948.

⁶³ Curtis Gans y Maralee Csellar, «GOP Nationwide Primary Vote Exceeds Democrats for First Time Since 1930», Comunicado de prensa de American University, 7 de septiembre de 2010.

⁶⁴ David Corn, *Showdown: The Inside Story of How Obama Fought Back Against Boehner, Cantor and the Tea Party*, Nueva York, 2012, pp. 36 y 43-44.

⁶⁵ Patrick Martin, «The dimensions of the Democratic Party collapse in the 2010 elections», *The Wall Street Journal*, 4 de noviembre de 2010.

Fue también un ejemplo extremo de la habitual abstención de votantes de la mayoría presidencial en las elecciones parciales, que produce «poblaciones de votantes más pequeñas, más viejas y racialmente menos diversas que la población en general»⁶⁶. Casi el 80 por 100 de los votantes de 2010 eran blancos, casi dos tercios de mediana edad o ancianos, y dos quintos se declaraban partidarios de las protestas del Tea Party⁶⁷. Esta alternativa demográfica también permitió la mayor victoria republicana de los pasados cuarenta años en los gobiernos estatales. El Partido Republicano obtuvo 680 escaños legislativos en todo el país, se hizo con el poder en 22 cámaras estatales adicionales, y derrocó a once gobernadores demócratas. La compensación inmediata fue el control sobre la remodelación de distritos en estados que elegían el 40 por 100 de la Cámara de Representantes, mientras que los demócratas conservaron solo el 10 por 100; el resto de los escaños fueron redibujados por gobiernos o comisiones estatales divididos⁶⁸.

El retrazado de distritos electorales da un enorme poder y, gracias a un Tribunal Supremo afín, los gobernadores y las cámaras legislativas del Partido Republicano tuvieron espacio para la cartografía creativa. En la segunda de una asombrosa trilogía de sentencias partidistas sesgadas⁶⁹, la mayoría del Supremo en 2004 dictó en la causa *Vieth v Jubelirer* que la cámara legislativa y el gobernador republicanos de Pensilvania no habían incumplido la Constitución al efectuar un egregio amaño en los 19 distritos electorales del estado que, de acuerdo con uno de los demandantes, «le concedían [al Partido Republicano] una mayoría de los escaños en el Congreso para el resto de la década, incluso aunque no obtuviese una mayoría de votos»⁷⁰. Gracias a los más avanzados modelos informáticos y a

⁶⁶ Lorraine Minnite, «An Analysis of Who Voted (and Who Didn't Vote) in the 2010 Election», Project Vote Research Memo, noviembre de 2010.

⁶⁷ «A Clear Rejection of the Status Quo, No Consensus about Future Policies», Pew Research Center, actualizado a 17 de noviembre de 2010; y Marjorie Connelly, «Rightward, March: the Midterm Exit Polls», *The New York Times*, 6 de noviembre de 2010.

⁶⁸ Griff Palmer y Michael Cooper, «How Maps Helped Party Keep Edge in the House», *The New York Times*, 15 de diciembre de 2012.

⁶⁹ El primero fue el de Bush y Gore en 2000, que puso fin al recuento en Florida; el segundo fue el año pasado entre Ciudadanos Unidos y la Comisión Electoral Federal, que reconoció «derechos» propios de la Primera Enmienda a las corporaciones, abriendo así las compuertas a un gasto electoral ilimitado.

⁷⁰ The Brennan Center for Justice, «*Vieth v Jubelirer*», 28 de abril de 2004.

un sesgo inherente en la geografía electoral (los votantes demócratas están más concentrados que los republicanos), los nuevos mapas de los republicanos eran obras maestras que ofrecían al partido nacional –de acuerdo con un estudio de Brookings– «una ventaja estructural estimada de 5 puntos porcentuales»⁷¹. (Este cálculo ha sido puesto en duda por otro análisis que afirma que los demócratas necesitan de hecho un margen mayor del 7 por 100 en la votación popular para recuperar la Cámara de Representantes)⁷². «Lo que demuestra el éxito obtenido en la cámara baja –escribía Rames Ponnuru en *National Review*– es que los republicanos pueden obtener mejores resultados cuando son ellos quienes escogen los votantes y no al revés»⁷³.

Un buen amaño de distritos electorales es también una póliza de seguro para quienes defienden el escaño en un distrito, aunque en el caso republicano (gracias al Tea Party) protege ahora más al partido que al individuo. Cuando Bill Clinton fue elegido en 1992, de acuerdo con Nate Silver, más de cien miembros de la Cámara de Representantes procedían de distritos bisagra, en los que el margen local de victoria se encontraba dentro del 5 por 100 del voto nacional, mientras que 123 miembros fueron elegidos en «distritos de victoria aplastante», protegidos por ventajas de partido de 20 puntos o más. Hoy, una considerable mayoría de la Cámara de Representantes (242 de los 435 miembros) vive en comunidades cerradas donde consiguen márgenes abrumadores. Solo 35 miembros luchan por la supervivencia dentro de los estrechos márgenes de una votación presidencial. Y la práctica de reparto de votos (demócratas que votaron a Eisenhower o republicanos que votaron a Clinton), habitual después de la guerra, ha sido suplantada por una fidelidad a la lista de partido propia de la «edad dorada». Cada vez menos distritos del Congreso votan contra su «inclinación presidencial»⁷⁴. Incluso los avances de los demócratas en la Cámara de Representantes en noviembre de 2012 confirmaron el éxito de los republicanos en el diseño de una máxima polarización racial en la geografía del Congreso. «A pesar de su retroceso», escribían los autores de un estudio de *National Journal*,

⁷¹ William Galston, «The 2012 Election: What Happened, What Changed, What it Means», Brookings Governance Studies, 4 de enero de 2013, p. 14.

⁷² Dana Milbank, «In the House, a deck stacked for Republicans», *The Washington Post*, 6 de enero de 2013.

⁷³ R. Ponnuru, «The Party's Problem», cit., p. 19.

⁷⁴ Nate Silver, «As Swing Districts Dwindle, Can A Divided House Stand?», blog *FiveThirtyEight*, NYTimes.com, 27 de diciembre de 2012.

Los republicanos aumentaron su porcentaje en distritos más blancos que la media nacional; los aumentos de los demócratas proceden por completo de distritos con mayor presencia de minorías [...] Tras este cambio de demarcaciones, los partidos se observan uno a otro desde un profundo abismo racial en la Cámara de Representantes. Eso es más visiblemente evidente en la composición de cada partido en el 113º Congreso. Los hombres blancos siguen constituyendo el 88 por 100 de los republicanos de la Cámara de Representantes mientras que, por primera vez en la historia, constituirán una minoría en el grupo demócrata en dicha cámara, en el que ahora son mayoría mujeres y miembros de minorías⁷⁵.

Obama vs demócratas

El pasado ciclo electoral (2008-2010-2012) ha dejado un número de cánidos muertos mayor del usual en las carreteras sureñas, además de enviar a la guillotina a los homólogos republicanos de los girondinos. Considérese el destino de los otrora famosos *Blue Dogs*. Organizados como grupo demócrata conservador en 1994 para seguir la tradición de los denominados *Boll Weevils* de la era Reagan, se hicieron poderosos gracias al entonces representante Rahm Emanuel (5º distrito de Illinois) que, como presidente del Comité de la Campaña Demócrata para el Congreso en 2005-2007, convirtió en prioridad el atraer a candidatos dispuestos a presentarse como demócratas en los distritos de mayoría blanca, de tendencia republicana, con independencia de sus opiniones conservadoras. Esta estrategia promiscua tuvo éxito a corto plazo, y consiguió una mayoría demócrata de 31 escaños en la Cámara de Representantes en las elecciones parciales de 2006, ampliada en 21 escaños adicionales en 2008. Se podría decir que la Afordable Care Act de Obama no habría sido aprobada en 2009 sin el apoyo de los *Blue Dogs*; y tampoco se habría ido tan a la derecha del plan sanitario original presentado por Hillary Clinton en 1993. Pero este grupo compuesto por 54 miembros era también un poderoso grupo de presión, dentro del Partido Demócrata, a favor del marco republicano de prioridades nacionales, como reducir el déficit y los impuestos a costa de recortar el gasto social.

⁷⁵ Ronald Brownstein y E. Scott Bland, «It's not Just Partisanship that Divides Congress», *National Journal*, 10 de enero de 2013. En estados como Texas, sin embargo, en los que la estrategia de redistribución de distritos posterior a 2000 ha diluido a los votantes demócratas, en lugar de superconcentrarlos, la venganza demográfica llegará antes o después.

En las elecciones de 2010, sin embargo, los Blue Dogs fueron prácticamente aniquilados por la guerra relámpago del Tea Party. En la víspera de las elecciones, los demócratas representaban a 77 distritos con inclinación presidencial republicana; después de las elecciones, solo a 17. En 2012, solo ganó un candidato respaldado por este grupo, y los Blue Dogs de segundo mandato solo pueden jactarse de tener 15 miembros. Como consecuencia, el grupo progresista, con 76 miembros, incluido un senador (Bernie Sanders), se ha convertido en el mayor bloque programático en la minoría de la Cámara de Representantes, seguido por unos 54 miembros de la Nueva Coalición Demócrata, un derivado del Consejo de Líderes Demócratas y del centrismo «triangulado» del gobierno de Clinton, que se centra principalmente en promover las industrias tecnológicas y sus exportaciones. El Grupo Progresista es el grupo del Congreso más firmemente de izquierdas en más de sesenta años, y ciertamente sus miembros han demostrado que puede hacerse. Con el apoyo de los principales sindicatos y de asociaciones por la igualdad de derechos, el Grupo ha sacado su propio Presupuesto Popular, que solucionaría el problema del déficit reduciendo el gasto del Pentágono, y en varias ocasiones se ha enfrentado al patológico centrismo del presidente. En 2009, por ejemplo, amenazó con votar contra la reforma sanitaria a no ser que incluyese «una robusta opción pública»; el pasado otoño, la presidente del Grupo, Keith Ellison, representante por Minneapolis, afirmó que sus miembros rechazarían cualquier acuerdo para aminorar el déficit «que recorte las prestaciones sociales a familias o ancianos dependientes del Medicare, el Medicaid o la Seguridad Social para comer o para cubrir sus gastos sanitarios»⁷⁶.

¡No pasarán! Por desgracia, el Grupo Progresista siempre rinde Madrid. Como observa con acritud el demócrata de izquierdas Norman Solomon, «casi oyes cómo se ríen en el Ala Oeste cuando el Grupo Progresista promete mantenerse firme». En 2009, todos los miembros «cedieron a la presión y votaron a favor de una ley sanitaria sin ninguna opción pública». De igual modo, en el Año Nuevo solo siete miembros del Grupo –sin incluir a Ellison– votaron contra el pacto fiscal del presidente

⁷⁶ Alex Seitz-Wald, «Liberals double down: No entitlement cuts», Salon.com, 29 de noviembre de 2012. Esto recordaba la promesa hecha en 2011 por Steve Israel, protegido de Nancy Pelosi y en la actualidad jefe del Comité de la Campaña Demócrata para el Congreso: «Defenderemos el Medicare y nos oponemos a la Casa Blanca si tenemos que hacerlo» (D. Corn, *Showdown: The Inside Story of How Obama Fought Back Against Boehner, Cantor and the Tea Party*, cit., p. 309).

con los republicanos, en el que cedió el umbral de renta de 250.000 dólares que había declarado innegociable. «Lo que hemos visto hasta ahora –escribe Solomon– es una rendición por etapas; una confluencia crónica de conformidad y excesiva lealtad al partido, en la que las bravuconadas de los miembros del grupo van seguidas habitualmente del voto contrario»⁷⁷.

Los progresistas afrontan la cuestión de cómo trabajar con un presidente cuyo «pospartidismo» guarda un afecto duradero por el aristocrático Senado, al que su gobierno está umbilicalmente unido por Joe Biden, al tiempo que a menudo expresa un extraño desdén por los demócratas progresistas de la Cámara de Representantes y por los partidarios de estos (¿tal vez porque son su conciencia culpable?). Existe una desconfianza mutua desde su nombramiento como candidato, en 2008, cuando para evitar una confusa batalla con Hillary acerca de las credenciales, Obama se unió a la gente de Clinton, pidiendo a John Podesta, ex jefe de personal del presidente Clinton, que «encabezase una “transición en la sombra” secreta». Como sigue explicando Michael Grunwald, «los leales a Obama temían que, mientras ellos trabajaban día y noche para vencer a McCain, Podesta pudiera estar construyendo la arquitectura para establecer un nuevo gobierno cuasiclintoniano»⁷⁸. Pero los primeros cuatro años de Obama quizá estuvieran modelados tanto por el síndrome de Estocolmo como por astutos cálculos tácticos clintonianos. A todos los efectos, el presidente estaba atónito ante la decisión de los congresistas republicanos de destruir su gobierno a base de chantaje fiscal, calumnia y falta de cooperación. De acuerdo con un alto asesor, Obama sencillamente «no tenía estrategia para contrarrestar el extremismo [republicano]»⁷⁹. A comienzos de 2011 contrató a dos negociadores de secuestros: William Daley, hijo del alcalde de Chicago Richard J. Daley y director de JP Morgan Chase para el Medio Oeste, como nuevo jefe de gabinete, junto con el consejero delegado de General Electric, Jeff Immelt, como presidente de su Consejo sobre Empleo y Competitividad. Los progresistas

⁷⁷ Norman Solomon, «The Progressive Caucus: Enabling Obama's Rightward Moves?», *HuffPost Politics*, 8 de enero de 2013. Steve Israel, por su parte, se convirtió en uno de los defensores más directos del pacto de Año Nuevo: los estadounidenses quieren «un sentimiento de acuerdo y soluciones», «caer por el precipicio no es una opción». Anjali Sareen, «Democrats Provided “Adult supervision” in Fiscal Cliff Deal», *Mediaite*, 2 de enero de 2013.

⁷⁸ M. Grunwald, *The New New Deal*, cit., p. 77.

⁷⁹ Jared Bernstein, citado en D. Corn, *Showdown: The Inside Story of How Obama Fought Back Against Boehner, Cantor and the Tea Party*, cit., p. 344.

del Congreso se horrorizaron, con razón, no solo por los nombramientos, sino también por el hecho de que Obama abriese una segunda línea de negociaciones con las grandes empresas a través de Immelt, al tiempo que privaba de información a buena parte de su propia base.

A comienzos de 2011, Obama ofreció a la oposición unos recortes presupuestarios de 1 billón de dólares, buena parte en programas federales esenciales, pero Jeff Sessions, el republicano más antiguo en el Comité Presupuestario del Senado, lo tachó de «insignificante». Unos meses más tarde propuso su «gran concesión» de recortar el gasto federal 4 billones de dólares en un periodo de doce años si los republicanos permitían a su vez que los impuestos a las rentas más altas volviesen a su nivel de 1999. Rechazado de nuevo y con el techo fiscal hundiéndose sobre la cabeza de la economía, en agosto el presidente hizo realidad las pesadillas de los progresistas al aceptar 2,4 billones de dólares de futuros recortes simplemente para posponer el «precipicio fiscal» hasta después de las elecciones. Como se quejaba David Corn, «el presidente había sido obligado a recortar programas importantes más allá de lo que consideraba prudente, pero ahora estaba aceptando algo a lo que se había opuesto»⁸⁰. De hecho, Obama empezaba a parecer un atónito y lastimero Rodney King: «¿por qué no podemos llevarnos bien?».

A pesar de su influencia hipotéticamente mayor tras el gran desastre de los Blue Dogs, en 2012 el ala izquierdista del Partido Demócrata no influyó en el programa de una campaña tan deliberadamente de mínimos que podría compararse con una obra maestra de Frank Stella o John Cage. Abolir los recortes fiscales de Bush a los ricos (y aun así dejarlos todavía infinitamente menos gravados que durante la dictadura socialista de Dwight Eisenhower, cuando el tipo marginal máximo fue del 92 por 100) sirvió de truco populista de campaña, mientras el presidente intentaba esquivar, pero nunca devolver, los a menudo bien dirigidos golpes de Romney acerca de una recuperación económica sin recuperación del empleo. Obama prometía sol y justicia, pero rara vez fue más específico que el «eso ya lo veremos» de su adversario. La pobreza, el hambre, la decadencia urbana, la defensa de la enseñanza pública, los derechos sindicales, los delitos empresariales, las escuchas totalitarias, los desahucios, la amnistía a presos afectados por la política de tolerancia cero ante las drogas, la creación del Estado palestino, y todas las demás

⁸⁰ *Ibid.*, p. 233.

cuestiones que constituyen el programa progresista fueron enterrados a más profundidad que en cualquier elección de la que se tenga memoria. Aunque Tuvalu había pasado a ser la playa de Jersey y el Mississippi se estaba convirtiendo en un cerco de bañera, el cambio climático no fue mencionado en los debates presidenciales ni en los cientos de miles de anuncios electorales. Y el «segundo estímulo» –la ley laboral presentada por el presidente en 2011, incluida su crucial aportación de 35.000 millones de dólares en ayuda de emergencia para salvar los puestos de trabajo de maestros y bomberos (derrotada en el Senado por culpa de tres demócratas renegados)– quedó olvidado en el desván.

Por razones desconocidas, los medios de derechas –como *Forbes*, *Deseret News* (propiedad de la iglesia mormona) y *The Washington Times*– están cautivados por la imagen de Obama como un «Perón» norteamericano (Michelle, por supuesto, es Evita), que acumula poder ofreciendo prestaciones a ineficientes peones y empleados públicos⁸¹. La comparación no es convincente, excepto en la medida en que Obama prefiere huir de la atmósfera viciada del sistema de partidos para instalarse en el aire puro de su propio carisma. Tiene tendencia a construir redes privadas y confiar solo en ellas, o, por decirlo más claramente, nunca ofrece acercar en su coche a demócratas que se están mojando bajo la lluvia. Wisconsin es el ejemplo consumado. Pocas elecciones de años recientes han sido más importantes para el movimiento sindical estadounidense que el enfrentamiento entre el gobernador Scott Walker y el alcalde de Milwaukee Tom Barrett el pasado junio. Walker, ídolo del Tea Party, provocó una revuelta de todo el estado en 2011 por privar a los trabajadores del sector público de sus derechos al mismo tiempo que proponía recortar impuestos a los más ricos. Los legisladores demócratas, demostrando una rara voluntad de lucha, huyeron del estado para impedir que hubiera quórum en la votación, al tiempo que sindicalistas, estudiantes y ancianos sitiaban el capitolio estatal. Un millón de ciudadanos firmaron peticiones para deponer a Walker, y la cuestión se sometió a voto en junio como una opción entre Walker y Barret, interpretada por ambos bandos como un referendo sobre el destino del sindicalismo en el sector público, no solo en Wisconsin sino en todo el país. Republicanos decididos reunieron más de 45 millones de dólares para defender a Walker, una reserva de fondos elevadísima para unas elecciones del Medio Oeste, mientras que los demócratas consiguieron reunir 18 millones en nombre de Barrett.

⁸¹ Solo hay que echar un vistazo en Google.

Todos los ojos progresistas se posaron con esperanza en la Casa Blanca: tras una larga espera, el presidente tuiteó un mensaje corto de apoyo a Barrett. Eso fue todo. La victoria de Walker fue sonada.

El presidente es también un tacaño asombroso. Obama, señala Michael Barone, «asistió a más de 200 eventos para recolectar fondos para su campaña, pero se abstuvo de recaudar dinero para los demócratas del Congreso»⁸². Cuando Pelosi y Reid rogaron a la Casa Blanca que compartiese 30 millones de su enorme reserva de fondos para ayudar al Partido a recuperar el control del Congreso, recibieron un no por respuesta. Al mismo tiempo, la campaña de Obama sacaba el dinero de estados perdidos como Texas («el único estado de la unión con mayoría de minorías pero que no tiene un dirigente estatal demócrata»), donde en agosto Obama había reunido ya 11 millones de dólares, dejando a los descamisados «candidatos demócratas al único escaño dudoso por Texas al Senado, con 500.000 dólares de aportaciones de campaña, frente a los 45,9 millones reunidos por los republicanos». Como señalaba un comentarista a principios de 2012, «este año el presidente Barack Obama tiene un mensaje aciago para los demócratas de la Cámara de Representantes y del Senado en lo que a dinero de campaña se refiere: arregláoslas como podáis»⁸³.

Los temores de que la Casa Blanca llegue a mirar el Partido como un vampiro mira su comida no hicieron más que aumentar con el anuncio sorpresa, tras las lecciones de 2012, de que la campaña de Obama no disolvería su operación de base, sino que la transformaría en una organización de masas sin ánimo de lucro denominada *Organizing for Action* [Organización para la acción], con la misión de apoyar las prioridades del presidente. Aunque ningún demócrata ha acusado a Obama de «peronismo», el anuncio causó consternación generalizada en el Comité Nacional Demócrata [DNC]: varios miembros «expresaron el temor» de que «el nuevo grupo externo» pudiese «perjudicar la recaudación

⁸² Michael Barone, «To Win, Obama Sacrificed House, State Legislatures», *Examiner*, 13 de noviembre de 2012. Y añade: «Los resultados de las elecciones presidenciales se parecen a los de 2008. Pero cuanto más abajo se sitúe el voto, más se parecen los resultados a los de 2010».

⁸³ Emily Ramshaw, «At DNC, Texas Dems Asking for a National Investment», *The Texas Tribune*, 3 de septiembre de 2012; John Bresnahan, «White House to Congress Dems: Expect no money», *Politico.com*, 5 de marzo de 2012.

de fondos por parte del partido y drenar sus recursos»⁸⁴. Al contrario que el DNC, *Organizing for Action* podrá operar en el mismo entorno de aportaciones ilimitadas y libres de impuestos que el PAC Crossroads de Rove, pero con la ventaja de la tecnología de movilización más avanzada en la historia electoral. Si tiene éxito, cambiará las relaciones de poder entre la Casa Blanca y los demócratas locales, y minimizará la dependencia del Presidente de sindicatos, grupos por la igualdad de derechos y progresistas que transmitan mensajes puerta por puerta. Lo que se anuncia como estrategia innovadora para superar el bloqueo de la mayoría republicana en la Cámara de Representantes puede simplemente proporcionar al presidente un camino más amplio (¿La avenida 9 de Julio, quizá?) para eludir a su propio partido.

La casa del no

Si Obama augura un nuevo cambio, inspirado por Clinton, hacia un presidencialismo carismático, con congresistas del partido cautivos y poco debate interno, los republicanos han avanzado en la dirección opuesta, y operan como un partido parlamentario más guiado por el conflicto ideológico que por la fidelidad común a una figura heroica como Nixon o Reagan. Frank Rich, por ejemplo, comentaba de una charla dada por Grover Norquist el año pasado ante el Comité Conservador de Acción Política que «la única función del candidato republicano como presidente sería la de “firmar la legislación ya preparada” por el grupo republicano en el Congreso, empezando por el presupuesto de Ryan, que recorta drásticamente el sector público»⁸⁵. Norquist, por supuesto, inventó el juramento de lealtad fiscal a comienzos de la década de 1990, transformando los lemas de las revueltas tributarias de la década de 1970 en una inflexible teología de oposición al gasto social público y a los impuestos sobre la riqueza. Más importante, sus principales promotores y aliados en el Congreso estaban dispuestos a sancionar e incluso desbanicar a los legisladores que se negasen a firmar la «Promesa de Proteger al Contribuyente»⁸⁶.

⁸⁴ Cameron Joseph, «Rebranded Obama campaign group causes frustration for DNC», *The Hill*, 22 de enero de 2013.

⁸⁵ Frank Rich, «The Election-II», *The New York Review of Books*, 8 de noviembre de 2012.

⁸⁶ Al final, hasta Norquist se asustó del fanatismo del Tea Party y concedió a Boehner una indulgencia papal en el último momento (dado que los recortes tributarios de Bush habían expirado, no se producía un incremento de impuestos...) para escapar del círculo cada vez más cerrado establecido por aquellos conservadores que proponían saltar al precipicio.

Aunque finalmente todos excepto un puñado de republicanos de la Cámara de Representantes firmó, la unificación del partido en torno a una intimidatoria ideología fiscal, lograda brevemente por la «revolución» del Congreso de 1994, fue menoscabada por la caída en desgracia y la dimisión de Gingrich como portavoz, y después eclipsada por la absorción del gobierno de Bush en el proyecto neoconservador de crear una utopía libremercadista en Iraq. La «victoria imposible» de Obama en 2008, que desacreditó a los restos del *establishment* republicano, compuesto por senadores más antiguos, neoconservadores académicos y *consiglieri* de Reagan, aportó, por el contrario, enorme energía a los sectores republicanos dogmáticos, convencidos de que los principios básicos –vida no nacida, tipos tributarios marginales o el patrón oro– deberían ser innegociables.

Aunque fue creado en gran medida por FreedomWorks, los hermanos Koch y Fox News, el Tea Party apelaba al profundo pozo de nostalgia conservadora de un Estados Unidos de mayoría blanca, regido por padres y jefes. También llenaba el vacío dejado por la decadencia de la Coalición Cristiana de Pat Robertson y anteriores alianzas derechistas. Aunque su populismo, como han demostrado varios estudios recientes, ha quedado confinado principalmente a los clubes de campo y a las megaiglesias de distritos electorales de clase media con desempleo inferior a la media, ha seguido siendo un pararrayos para el temor de que la tradicional prosperidad y vida familiar estable de los blancos fuesen incompatibles con el continuo avance de minorías e inmigrantes. El Tea Party es el la mentalidad pequeño burguesa de George F. Babbitt, el personaje de Sinclair Lewis mirándose al espejo y sintiéndose una cultura moribunda⁸⁷.

Las primarias de 2010 se situaron entre las más reñidas de la historia republicana. Los candidatos respaldados por el Tea Party –es decir, por Arme y/o los Koch– se enfrentaron a algunos de los nombres más grandes del Partido, como Bob Bennett, Trey Grayson, Mike Castle, Charlie Crist, Sue Lowden, Rick Lazio, Paul Thurmond (hijo de Strom) y Lisa Murkowski (aunque finalmente Murkowski obtuvo la elección general gracias a los votos escritos a mano por los votantes). Aproximadamente un tercio de los candidatos a representantes

⁸⁷ Los seguidores de Paul, inicialmente representados en algunos medios de comunicación como ideólogos del Tea Party, solo mantienen una relación imprecisa con la causa. Asimismo están divididos entre republicanos reticentes y fervientes militantes del Partido Libertario, que apenas obtuvo un 1 por 100 de los votos nacionales.

respaldados por el Tea Party consiguió el escaño. La mayoría se presentaba por primera vez, y Dick Armey organizó para los novatos un taller sobre «como no dejarse absorber» por el *establishment* republicano. Cincuenta y cinco se convirtieron en miembros del grupo oficial del Tea Party fundado por Michelle Bachean, aunque su pertenencia superpuesta está empujada por los 170 miembros del Republican Study Committee. (El RSC, el mayor bloque ideológico del Congreso en los pasados 30 años, se organiza en torno a la «Taxpayer's Bill of Rights», y hasta las elecciones de 2010 se consideraba a sí mismo la única iglesia verdadera del republicanismo conservador).

El trauma de los enfrentamientos en las primarias de 2010, repetido en 2012, ha transformado el cálculo de la defensa del escaño, y por lo tanto la estabilidad de líderes dentro del Partido Republicano. Si Norquist era un problema, el Tea Party es una peligrosa policía teológica. De acuerdo con David Wasserman, editor interno del respetado *Cook Political Report*, solo 6 de 234 republicanos de la nueva Cámara representan a distritos de tendencia demócrata. Con independencia de los dilemas nacionales del partido, la «abrumadora proporción de republicanos en la Cámara de Representantes tendrá más que temer de las primarias que de las elecciones generales en 2014. Esta realidad política guía el comportamiento de los congresistas»⁸⁸. Lo que da realidad a la amenaza, por supuesto, es la existencia de grupos como FreedomWorks y Americans for Responsible Government, que están dispuestos y pueden superar en gasto a la mayoría de los titulares del cargo, excepto los más ricos.

«El giro ideológico entre el 111º y el 112º Congresos –escriben Theda Skocpol y Vanessa Williamson– ha sido extraordinario; de hecho, mayor que en cualquier otro cambio de una Cámara de Representantes a la siguiente, incluido el ocurrido en 1994». Usando una nueva metodología desarrollada por Adam Bonita, científico político de Stanford, para clasificar las ideologías de los miembros de la Cámara de Representantes y otros políticos, ambas autoras se quedaron asombradas por la temperatura del extremismo que encontraron en la clase republicana de 2010: el 77 por 100 de los republicanos recién llegados «se sitúan a la derecha del republicano típico en el Congreso anterior, y muchos están a la derecha de *casi todos* los republicanos desde siempre». Sostienen, como Anthony

⁸⁸ Citado en Paul West, «Tea Party isn't dead by any means», LATimes.com, 7 de diciembre de 2012.

DiMaggio en su libro sobre el Tea Party, que este gran giro hacia la derecha no ha sido tanto el resultado de una rebelión de las bases como de astutas inversiones efectuadas por «plutócratas» antiimpuestos que esencialmente han salido a comprarse un nuevo «campo de juego»⁸⁹.

Pero el «modelo de inversión» plutocrático no debería ocultar en qué medida se ha radicalizado el electorado republicano desde 2008. Las encuestas a pie de urna, por ejemplo, han revelado un aumento drástico del número de votantes republicanos que declaran estar «enfadados» con Obama, del 17 por 100 en 2008 al 45 por 100 de la actualidad. En una subcultura en la que el comentarista radiofónico Rush Limbaugh es la norma emocional, los republicanos disfrutaban con el ruido y la furia, sin importar lo demenciales que sean. Así, un favorito especial del ala del Tea Party ha sido el político de Florida Allen West, que perdió por poco su escaño en la Cámara de Representantes el pasado noviembre. De acuerdo con Michael Bender, «ha calificado al presidente Obama de “amenaza contra la reserva genética”», y «llamado comunistas a 78 de los miembros progresistas del Congreso»⁹⁰. Mientras tanto, la teoría de la conspiración conserva su destacada función tradicional en la política derechista estadounidense. De acuerdo con Public Policy Polling, el 49 por 100 de los votantes del Partido Republicano en todo el país piensa que la organización comunitaria ACORN «robó las elecciones [de 2012] para el presidente Obama [...] el 52 por 100 de los republicanos pensaba que ACORN había robado las elecciones de 2008 para Obama, de modo que es un descenso moderado, pero quizá menor de lo que sería de esperar, dado que ACORN ya no existe»⁹¹.

En perspectiva histórica, por supuesto, el Partido Republicano moderno siempre tiene una minoría sustancial de verdaderos creyentes de extrema derecha como la John Birch Society (ahora activa en el Tea Party) en las décadas de 1950 y 1960, o los diversos grupos violentos contra Roosevelt una década antes, que veían subversión tras cada mural y cada proyecto de vivienda social del *New Deal*. Más significativas son las tendencias

⁸⁹ Theda Skocpol y Vanessa Williamson, *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*, Nueva York, 2012, pp. 169-172. (La obra de Bonita no está aún en prensa). Anthony DiMaggio, *The Rise of Tea Party*, Nueva York, 2011.

⁹⁰ Michael Bender, «The Dirtiest Campaign in America», *Bloomberg Businessweek*, 22-28 de octubre de 2012, p. 36.

⁹¹ Esta no es una cita de Jon Stewart, sino un informe de una prestigiosa organización de encuestas. «Republicans not handling election results well», Public Policy Polling, 4 de diciembre de 2012.

más generales, como el hundimiento del respaldo a una red de seguridad social mínima entre los republicanos (del 62 por 100 en 1987 al 40 por 100 en la actualidad) o la creciente indiferencia generacional acerca del futuro de los estadounidenses más jóvenes. Ideas antes marginales se están convirtiendo también en algo convencional dentro del republicanismo del Tea Party, como la extravagante interpretación «originalista» de la Constitución defendida por Antonin Scalia, juez de extrema derecha del Tribunal Supremo, que cree que las intenciones originales de los esclavistas de Virginia y los comerciantes de Nueva Inglaterra en el siglo XVIII son las únicas interpretaciones constitucionales permisibles para los gobiernos estadounidenses del siglo XXI. Para algunos evangélicos, de hecho, la Constitución es ahora como la Biblia: infalible palabra divina que debe entenderse del modo más antimoderno posible⁹².

Por desgracia, la «polarización» política es unidireccional. Aparte de las jóvenes latinas antes mencionadas, ningún segmento importante de la opinión demócrata ha virado significativamente a la izquierda en los pasados veinte años. En contraste, la opinión republicana –al menos medida por su representación en el Congreso– se ha ido derechizando año a año desde 1976. Clasificado de acuerdo con una escala ideológica de siete puntos muy utilizada, algunos científicos sociales creen que los republicanos están ahora más a la derecha que en cualquier momento del pasado siglo⁹³. ¿Qué ha producido este giro a la derecha? Un trío de científicos políticos –McCarty, Poole y Rosenthal– que en 2006 publicó un libro titulado *Polarized America* plantea el atractivo argumento de que la actual polarización ideológica en el Congreso sigue la polarización de la renta: los beneficiarios de la desigualdad se mueven constantemente hacia la derecha. Asimismo, el efecto está potenciado por una realimentación positiva: la desigualdad de renta aumenta la polarización al tiempo que la polarización política aumenta la desigualdad de renta⁹⁴.

A este argumento podría añadirse la hipótesis de que cada avance de los demócratas hacia la acomodación centrista no sirve sino para animar a los republicanos –y por consiguiente al «centro» movable– a derechizarse

⁹² Véase Peter Smith y Robert Tuttle, «Biblical Literalism and Constitutional Originalism», *Notre Dame Law Review*, vol. 86, núm. 2, 2011.

⁹³ Frank James, «Political Scientist: Republicans Most Conservative They've Been in 100 Years», *It's All Politics*, página web de NPR (la radio pública), 13 de abril de 2012.

⁹⁴ Nolan McCarty, Keith Poole y Howard Rosenthal, *Polarized America: The Dance of Ideology and Unequal Riches*, Cambridge (Ma), 2006.

más. El conservadurismo social y los conservadores descontentos con el siglo XXI siguen siendo obviamente la argamasa del republicanismo. Pero lo que de hecho impulsa al partido hacia la derecha y constituye el núcleo racional de su aparente nihilismo es la determinación de conservar toda la redistribución ascendente de riqueza y poder alcanzada en las tres décadas transcurridas desde la revolución de Reagan. Thomas Edsall, quien sostiene convincentemente en su nuevo libro que los conflictos insolubles acerca de los recursos del Estado son resultados inevitables del estancamiento económico, defiende la lógica de actor racional de la intransigencia republicana:

Los líderes republicanos ven cerrarse la oportunidad de dismantelar el Estado progresista. Amenaza una perspectiva de que el Partido Republicano se vea obligado a acomodarse al cambio demográfico, en un momento en el que los partidarios de un Estado grande ganan impulso y una cohorte creciente de estadounidenses empieza a depender de los programas sociales. Estas tensiones incentivan que el movimiento conservador avance más a la derecha y adopte estrategias cada vez más arriesgadas⁹⁵.

Es improbable que este giro drástico a la derecha cese. En primer lugar, el ala del Tea Party está absorbiendo los principales grupos de debate republicanos, con la valiosísima ayuda de los ubicuos hermanos Koch. El pasado marzo, por ejemplo, los Koch despidieron a Ed Crane, ejecutivo del Cato Institute, que inmediatamente acusó a Charles Koch de estar conspirando para «transformar el Cato, de organización investigadora independiente y no partidista, en una entidad política capaz de respaldar mejor su programa partidista». Esto fue seguido por el fallido golpe de Armev en Freedomworks, y después, en lo que los partidarios del Tea Party consideraron una «acción magistral», la dimisión por sorpresa de Jim DeMint como senador por Carolina del Sur para hacerse cargo de la *Heritage Foundation*, principal centro encargado de establecer las políticas conservadoras. Como uno de los consejeros de Cato declaró a *Business Week*: «La contratación de DeMint es el reconocimiento por parte de la Heritage de que la energía no está en el *establishment* republicano». La elección «muestra que está avanzando más hacia el Tea Party que a la corriente mayoritaria»⁹⁶. En segundo lugar, las bases del Partido se oponen resueltamente a la colaboración entre partidos o a

⁹⁵T. Edsall, *The Age of Austerity: How Scarcity Will Remake American Politics*, cit., p. 10.

⁹⁶Julie Bykowitz, «Tea Party Gains Control Over Republican Policy Incubators», *Businessweek.com*, 7 de diciembre de 2012.

unos líderes nacionales más centristas. Por el contrario, los analistas de Pew descubrieron que:

Con una diferencia del 57 al 35 por 100, los republicanos y los de tendencias republicanas siguen considerando que los líderes del partido deberían avanzar en una dirección más conservadora, no más moderada. Los demócratas y los de tendencia demócrata, por su parte, siguen apoyando una mayor moderación de sus líderes políticos: casi seis de cada diez (57 por 100) quieren que los líderes demócratas avancen en una dirección moderada, mientras que el 33 por 100 quiere que se muevan en una dirección más progresista⁹⁷.

Estados de partido único

Unas semanas después de las elecciones, Rachel Maddow, de MSNBC, se quejaba de la drástica contradicción entre la imagen que los medios nacionales daban de un Partido Republicano más moderado, que intenta «corregir de modo sustancial la trayectoria», y las noticias locales sobre la tenaz oposición republicana a la amnistía migratoria, el aborto y los derechos de los homosexuales en los estados en los que ocupan el poder:

En todo el país, si observamos los periódicos y los informativos de televisión estatales, que cubren lo que los republicanos planean hacer en los estados donde tienen autoridad de gobierno, y los contrastamos con la discusión que se produce en Washington acerca de lo que en teoría deberían hacer los republicanos, parecen noticias de dos universos completamente distintos⁹⁸.

El segundo universo comprende los 24 estados del Sur y de las Llanuras en los que los republicanos ocupan la mansión del gobernador y controlan ambas cámaras del poder legislativo. En la actualidad hay más legisladores estatales republicanos (3.814) que en cualquier momento desde 1928, y más cámaras controladas por los republicanos en el sur (19) que desde el momento culminante de la Reconstrucción en 1870. (Todavía en 1993, ninguna cámara sureña tenía mayoría republicana). Desde 1876, además, solo ha habido tres periodos en los que los republicanos disfrutasen de mayor porcentaje de gobernadores en todo el país: 1921-1922, 1970 y 1997-1999⁹⁹. Romney tal vez haya perdido las elecciones nacionales, pero los republicanos –que se hicieron con 22 cámaras

⁹⁷ «Low Marks for the 2012 Election», Pew Research Center, 15 de noviembre de 2012.

⁹⁸ Rachel Maddow, «Republicans On National and State Levels are “Like Two Different Universes”», MSNBC, 27 de noviembre de 2012.

⁹⁹ S. Trende, «The Political Landscape after 2012», cit.

en las elecciones parciales de 2008– ganaron nuevamente en las elecciones de 2012 a las asambleas legislativas, consolidando sus avances anteriores (véanse los Cuadros 9 y 10)¹⁰⁰.

CUADRO 9. *Porcentaje de legisladores estatales demócratas*

	2010 (antes de las elecciones)	2012 (después de las elecciones)
<i>Nacionales</i>		
Senado	53	46
Cámara baja	56	48
<i>El Sur</i>		
Senado	51	38
Cámara baja	51	40

Fuente: Michael Barone, «To Win, Obama Sacrifices House, State Legislatures», *Washington Examiner*, 13 de noviembre de 2012.

CUADRO 10. *Después de las elecciones de 2012*

<i>Legisladores estatales</i>	
Demócratas	3.479
Republicanos	3.814
<i>Gobernadores</i>	
Demócratas	19
Republicanos	30
Independientes	1
<i>Supermayorías</i>	
Demócratas	14
Republicanos	24

Fuente: National Conference of State Legislatures.

La Administración pública de cada estado es el componente arquitectónico más excéntrico y velado del sistema político federal de Estados Unidos. Su funcionamiento cotidiano –aislado en lugares como Albany, Sacramento, Austin, Tallahassee, Harrisburg y Springfield (por nombrar solo las capitales de los estados más populosos)– está informativamente mucho menos cubierto que la política metropolitana o nacional, y solo

¹⁰⁰ En 2010, los demócratas habían presentado 50 candidatos menos que dos años antes, mientras que los republicanos se presentaron a 820 escaños más. Tim Storey, «GOP Makes Historic State Legislative Gains in 2010», *Rasmussen Reports*, 10 de diciembre de 2010.

es seguido intensamente por una fracción infinitesimal del electorado ordinario. A veces supremamente controvertida, la política estatal es también la más implacablemente prosaica: centrada en debates sobre subsidios agrícolas, de mejora de carreteras, enmiendas de leyes penales, lugares para establecer nuevas cárceles, poner nombre a puentes y concesión de licencias para dispensar alcohol. Algunos de los legislativos estatales, los de Texas y Nevada por ejemplo, siguen la tradición frugal de la frontera y solo se reúnen cada dos años, dejando que los poderosos gobernadores y grupos de presión firmen contratos y se preocupen por las elecciones¹⁰¹.

A lo largo de la pasada generación, sin embargo, los republicanos conservadores han creado una serie de lazos únicos y poderosos entre la política estatal y grupos de presión corporativos de alcance nacional. El más importante es una extraordinaria organización sin ánimo de lucro denominada American Legislative Exchange Council (ALEC) que actúa como servicio de conserjería para los legisladores conservadores. Ahorra a sus 2.000 legisladores el problema de tener que diseñar proyectos de ley y ocuparse de legalismos, permitiendo a los grupos de presión corporativos redactarles la legislación o sencillamente sacarla del estante de una biblioteca. Como descubrieron *The New York Times* y Common Cause en una investigación reciente: «Los registros ofrecen una idea de cómo intereses especiales convierten de hecho a los legisladores que son socios del ALEC en grupos de presión encubiertos, proporcionándoles temas que tratan, señalando cómo deberían votar y colaborando en proyectos de ley que afectan a cientos de cuestiones, como bonos escolares e impuestos sobre el tabaco»¹⁰².

Las donaciones a ALEC disfrutaban de exención tributaria, y empresas como Reynolds America, Walmart, Bank of America, ExxonMobil, BP America y AT&T están más que dispuestas a ofrecerlas, y organizaciones sectoriales como Pharmaceutical Research and Manufacturers of America –Bayer, GlaxoSmithKline, Pfizer y Johnson and Johnson– están representadas en el Consejo de Empresas Privadas de ALEC, compuesto por 24 miembros. Un reciente modelo de proyecto de ley de la Cámara de Comercio

¹⁰¹ El programa electoral del Partido Republicano de Idaho establecía: «Nos oponemos a toda la legislación impuesta por cualquier nivel de gobierno». Citado en Annika Werner y Onawa Lacewell, «Programmatic Supply and the Autonomy of US State Parties in 2008 and 2010», *Regional and Federal Studies*, vol. 22, núm. 5, diciembre de 2012, p. 533.

¹⁰² Mike McIntire, «Nonprofit Acts as Stealth Business Lobbyist», *The New York Times*, 22 de abril de 2012.

estadounidense proponía «exigir que todos los alumnos de secundaria cursen una asignatura de “libre empresa” para poder graduarse». De acuerdo con una investigación anterior de *Bloomberg Businessweek*: «Aproximadamente 1.000 veces al año, de acuerdo con ALEC, un legislador estatal presenta un proyecto de ley copiado de su biblioteca con más de 800 modelos. Aproximadamente 200 veces al año, uno de ellos se convierte en ley. El Consejo, en esencia, hace política nacional, estado a estado». No sorprende que los investigadores descubrieran que «a menudo seguían aportaciones para la campaña electoral»¹⁰³. Cómo no.

Las campañas estatales de los republicanos están alimentadas también, en mucha mayor medida que las demócratas, por inversiones de los super PACS nacionales. En 2009, Ed Gillespie –en otro tiempo asesor principal de Dick Armey y más recientemente socio de campaña de Karl Rove– revitalizó el decrépito Republican State Leadership Committee con enormes inyecciones de efectivo de American Crossroads. Mientras que la campaña de Obama saqueaba la base de obtención de fondos de los demócratas locales, Gillespie convencía a importantes donantes nacionales como el magnate de Las Vegas Sheldon Adelson y el megapromotor de Dallas Bob Perry para que se uniesen a los Koch e invirtiesen fuertemente en campañas secundarias de candidatos del Tea Party en Indiana, Michigan y Wisconsin. De acuerdo con *The New York Times*, cuando las leyes electorales de los estados prohibían las aportaciones externas, la Asociación de Gobernadores Republicanos aceptaba la aportación e inmediatamente donaba una cantidad similar al candidato¹⁰⁴. El espléndido resultado fue la conservación del poder republicano en las capitales de estados del Medio Oeste que, aparte de Indiana, dieron mayorías decisivas a Obama.

La capacidad de Gillespie para aislar las mayorías republicanas de las tendencias presidenciales dependió de astutos amaños de distritos electorales, del apoyo de los medios locales de tendencia casi universalmente derechista y –la tercera marca de una nueva era– de institutos de política y formación ultraconservadores, centrados en las políticas estatales. Como Andy Kroll explicaba en abril de 2011:

Concebida por los mismos ideólogos conservadores que ayudaron a fundar Heritage Foundation, State Police Network es un grupo paraguas poco cono-

¹⁰³ *Bloomberg Businessweek*, 5-11 de diciembre de 2011, pp. 68-72.

¹⁰⁴ Nicholas Confessore y Monica Davey, «Michigan Effort Shows GOP Sway in State Contests», *The New York Times*, 17 de diciembre de 2012.

cido y con profundos lazos con el movimiento conservador nacional. Su misión es sencilla: respaldar a una constelación de grupos de estudio estatales, modelados de manera similar al Heritage, para promover los principios del libre mercado y atacar a los sindicatos, la reglamentación y la subida de impuestos¹⁰⁵.

Financiados por dinastías reaccionarias como los Coor, los Bradley y los Peter, hay al menos un «centro por la libertad» en cada uno de los cincuenta estados, normalmente muy imbricado con los grupos del Tea Party y sus promotores.

La infraestructura política conservadora, en otras palabras, es fractal; los demócratas no tienen nada que se aproxime remotamente a dicha red. Tras cada reciente ataque contra la negociación colectiva, en especial en el Medio Oeste, hay un miniheritage con su rico promotor. En Ohio, por ejemplo, el intento del gobernador John Kasich de eliminar los derechos de negociación colectiva en el sector público dependió enormemente del Buckeye Institute, que en 2008 había presentado la demanda RICO contra ACORN, alegando que los esfuerzos de ésta última para que los votantes se registrasen equivalían a «delincuencia organizada». En Indiana, donde el gobernador Mitch Daniels puso fin por decreto al reconocimiento de los sindicatos en el sector público y los republicanos después ilegalizaron cláusulas de seguridad sindical, el Mike Downs Center for Indiana Politics fue un engranaje ideológico. En Wisconsin, donde Scott Walker provocó un enorme levantamiento popular con su ataque a los empleados públicos, los republicanos están influidos por dos grupos de análisis derechistas: el *Wisconsin Policy Research Institute* [Instituto de investigación política de Wisconsin] –muy cercano a ALEC y a la Bradley Foundation, partidarios originales de la John Birch Society– y MacIver Institute, aliado de Americans for Prosperity.

Michigan, en otro tiempo lugar de procedencia de líderes republicanos pragmáticos como George Romney y Gerald Ford, es un ejemplo especialmente ominoso de la estrategia de atrincheramiento en juego. Un mes después de que Obama barriese por ocho puntos, y tras un intento infructuoso de consagrar la negociación colectiva en la constitución estatal, el gobernador Rick Zinder y una mayoría republicana apunto de abandonar la Cámara de Representantes aprobaron una ley de «derecho al trabajo», sin debate legislativo ni previo aviso a los demócratas.

¹⁰⁵ Andy Kroll, «The Right-Wing Network Behind the War on Unions», *Mother Jones*, 24 de abril de 2011.

Rechazada de hecho por las grandes empresas representadas en Business Leaders for Michigan, la iniciativa fue presentada por el West Michigan Policy Forum, que representa a sociedades anónimas más pequeñas y empresas familiares, y a una red de grupos del Tea Party relacionados con el Mackinac Center, otro grupo de análisis derechista. Todos son filiales o beneficiarios de los hijos de DeVos, Dick y Doug, herederos de la fortuna Amway, con sede en Ada, Michigan. Su padre, Richard DeVos, era miembro del movimiento *dominionista*, cuyo objetivo es poner fin a la separación Iglesia-Estado, para así convertir Estados Unidos en una teocracia protestante¹⁰⁶. Amway, que tiene en todo el mundo 180.000 representantes que venden detergentes y cosméticos puerta a puerta o en tiendas, es acusado desde hace décadas de constituir un complejo esquema piramidal, además de un culto cristiano evangélico y un ejército político privado. Sus distribuidores fueron demandados en una ocasión por difundir rumores de que Procter & Gamble, su principal adversario empresarial, era de hecho la Iglesia de Satán. En todo caso, los enormes beneficios generados por esta extraña empresa ayudaron a crear la inusualmente densa red de poder conservadora ligada al Tea Party en Michigan Occidental, una región con 1,4 millones de habitantes alrededor de Grand Rapids, Holland y Muskegon, que domina en la política republicana del estado¹⁰⁷.

En otro tiempo, los líderes nacionales republicanos podían mantener en la reserva a estas furias, pero ya no. El republicanismo estatal, excesivamente influenciado por Mises, se está coaligando ahora en un diseño coherente para construir estado a estado sociedades con una Administración pública reducida, apoyado en el muro republicano de supermayorías obtenidas gracias al amaño de distritos. Aunque la oposición a la libre decisión reproductiva y a los derechos de los homosexuales sigue siendo un elemento central de la moral conservadora, los gobiernos estatales dominados por

¹⁰⁶ DeVos quería sustituir el Juramento de Lealtad por lo siguiente: «Juro lealtad a la bandera cristiana, y al Salvador cuyo reino representa».

¹⁰⁷ Chris Gautz, «Window of Opportunity», *Crain's Detroit Business*, 9 de diciembre de 2012; y los artículos de Jane Slaughter en labornotes.org. Véase también Stephen Butterfield, *Amway: The Cult of Free Enterprise*, Boston, 1999. Michigan Occidental obtuvo el lamentable último puesto en un estudio comparativo de 26 regiones similares en número de habitantes. Golpeada por la decadencia industrial (tradicionalmente Grand Rapids ha sido la capital estadounidense de muebles para oficina) y por un desempleo elevado, como el resto de Michigan, el área es estadísticamente asombrosa por la enorme diferencia de renta entre blancos y no blancos. (Véase West Michigan Strategic Alliance, *2010 West Michigan Vital Signs*, Grand Rapids, 2011).

los republicanos, desde Kansas a Carolina del Norte, se han centrado en aplicar con urgencia la economía fundamental del Tea Party: suprimir los impuestos sobre la renta estatales, abolir los derechos de negociación colectiva, privatizar la educación y liberalizar el medio ambiente.

En la refutación oficial al segundo discurso de investidura de Obama, Bobby Jindal, gobernador de Louisiana y presidente de la Asociación de Gobernadores Republicanos, animó a los conservadores a abandonar Babilonia para construir Sion. La batalla por el gasto en el Congreso, sostenía, era «un debate planteado de acuerdo con las reglas de nuestros oponentes», mientras que en Baton Rouge, Oklahoma City o incluso en Lansing podían recortar y privatizar, en busca de milagros de bajos impuestos y crecimiento elevado que inspirasen la siguiente mayoría republicana: «Creemos que debéis sembrar las semillas de crecimiento en el suelo fértil de vuestra economía [...] no en el asfalto improductivo de Washington»¹⁰⁸.

El gobernador de Louisiana parecía una encarnación de William Jennings y John C. Calhoun al mismo tiempo: era extraño, en todo caso, que el orador oficial de la oposición pidiese a su partido que abandonase Washington. Pero Jindal (tan ansioso por lamer el asfalto de la avenida Pennsylvania como cualquier otro político) apelaba a un poder real que, enfrentado a las adversidades o a las derrotas nacionales, se atrinchera más profundamente en los consejos escolares, los gobiernos y las asambleas municipales. La nueva cruzada para erradicar el sindicalismo del área interior de Estados Unidos, por ejemplo, no es originaria de Detroit o Wall Street; avanza desgarbadamente hacia el poder desde Grand Rapids y otros municipios míticos. Extraños multimillonarios del petróleo, propietarios de casinos y vendedores de detergentes reinan sobre las elecciones y se burlan de las mayorías presidenciales gracias a beatos encargados de Walmart, agentes inmobiliarios, dentistas jubilados y subcontratistas en camionetas pickup que sintonizan en su radio a Rush Limbaugh.

Aunque podría decirse que Obama ha conservado Wall Street y General Motors, el *establishment* empresarial oriental, como en otro tiempo se denominaba, ha depreciado consistentemente su deuda con la presidencia y sobreestimado su control sobre el Partido Republicano. Dos de los

¹⁰⁸ John McGinnis, «Bobby Jindal's message is that DC is no place for the GOP», *The Times-Picayune*, 28 de enero de 2013.

principales sectores empresariales con enormes deudas con la actual Casa Blanca –el de los grandes bancos de inversión y comerciales, y Silicon Valley– evitaron intervenir en las elecciones, llenos de despecho por la retórica increpante de la campaña de Obama, o, como los monstruosos egos de Goldman Sachs, acuchillaron a su salvador y apoyaron a Romney. Acostumbrada desde Reagan a los ordinarios rayos y truenos de las áreas remotas republicanas, la globalizada clase dominante estadounidense no ha logrado captar la naturaleza weimariana de la política del Tea Party. La destrucción de 19 billones de dólares de patrimonio personal en Estados Unidos desde 2008, junto con el temor al estancamiento económico y a la ascendencia de las minorías, han enloquecido a las bases del Partido Republicano¹⁰⁹. Algo de hecho se ha desquiciado cuando los meramente ricos dejan de obedecer las órdenes de los muy ricos, o cuando el 20 por 100 privilegiado se amotina contra cualquier concesión del 0,1 por 100 superior. El republicanismo del Tea Party no es el futuro, ni la mayoría, ni siquiera el pasado conservador. Es la gangrena del declive imperial.

¹⁰⁹ Christian Weller, «The Consequences of Conservatism: Loss of Wealth Stunning During Great Recession», Center for American Progress, 25 de marzo de 2011.